

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO I
NUM 43

40 Cents.

13 DICIEMBRE
1925



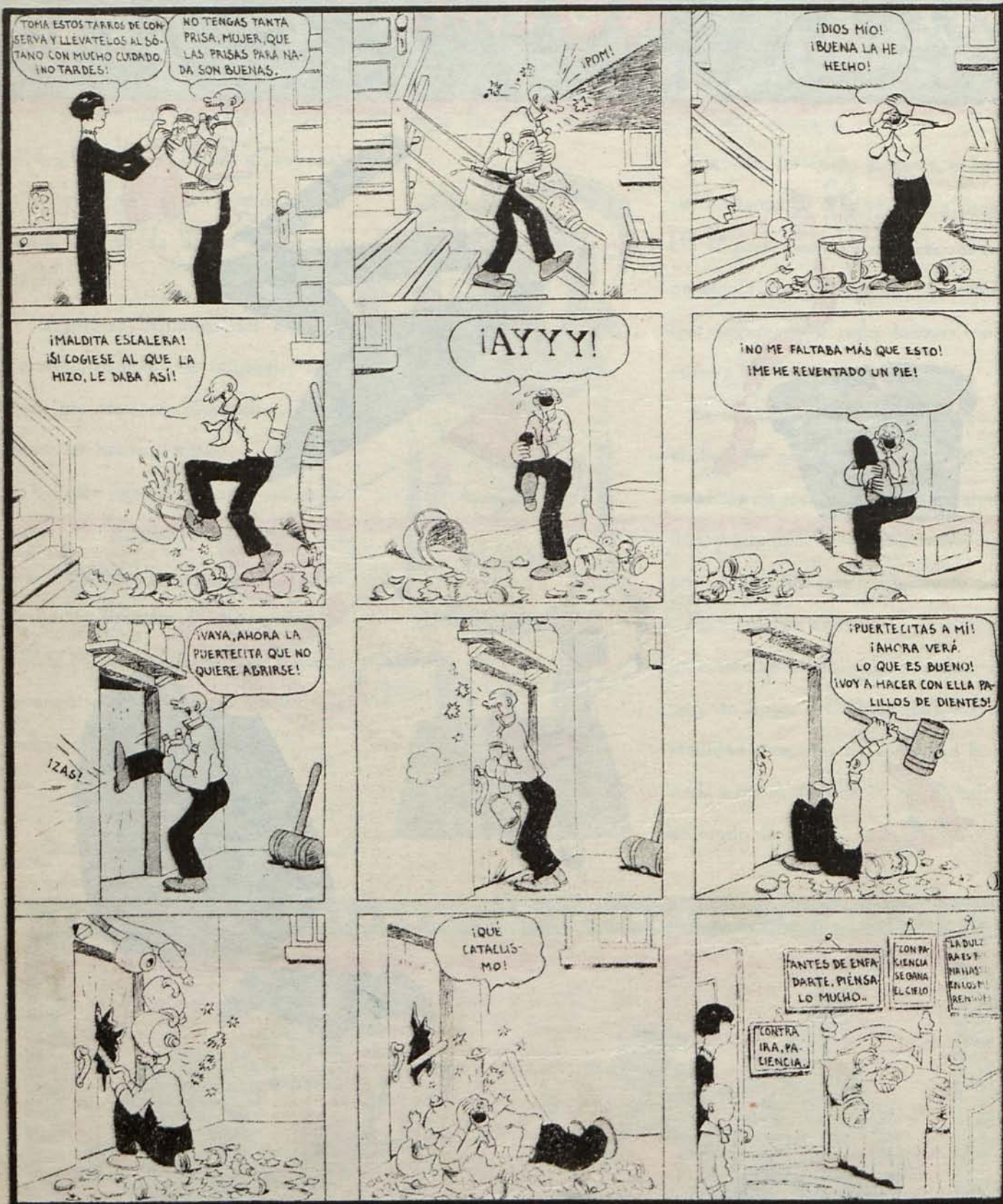
VEASE LA EXPLICACION DE ESTOS DIBUJOS EN LA PAGINA SIGUIENTE

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



PINOCHO EN LA ISLA DE "LA CARABA"

Explicación del dibujo de la cubierta.

(Continuación.)

Pinocho sigue visitando los rincones de la isla de «La Caraba», y en cada uno encuentra algo divertido. Una de las cosas que más le hacen reír es que los chorizos se siembran en los tientos, y son como hojas que el viento hace temblar.

Pero todavía llega a más su asombro cuando ve que una simpática mujer ofrece bombones a un niño, y el niño, al verlos, llora. ¿De qué son estos niños que, cuando se les ofrecen golosinas, gritan en vez de reír? ¿Qué cosas pasan en la isla?

Divisa de lejos una pecera y una jaula; se acerca, y se le abre un palmo de buen al advertir que el pejerillo vive en la pecera como el pez en el agua, y el pez se agita sonreiente en la jaula, comiendo camarones.

¿Qué más cosas vera Pinocho?

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO Y LOS DEPORTES



¡AHÍ VA ESA MOSCA!

Una formidable copa de plata para cada grupo de equipos pinochistas en toda España.

¡Leed! ¡Leed y asombraos! ¿Ha heredado Pinocho? ¿Se le ha subido el éxito a la cabeza y ha enloquecido? No se sabe. Lo cierto es que esta mañana entró en la Redacción con la cara de los grandes días, y reuniéndonos a todos dijo nada menos que lo siguiente:

«Queridos amigos y camaradas: Bien sabéis que soy más refractario a los discursos que a dejar triunfar a Chapete; pero las circunstancias, como siempre, me obligan a hablar, y... lo haré, ¡vive Dios!, por mis agudos codos.

No asustarse. Se trata solamente de unas palabras, que aunque elocuentes y sentidas, serán muy claras y sencillas. El problema es no aburrirnos con las palabras que espero cruzar con vosotros. Este problema de palabras cruzadas ya he dicho que será clarísimo:

Se trata de que quiero, mis queridos amigos, dar una muestra más de mi viva satisfacción, de mi viva simpatía, de mi viva... (Varias voces: «¡Viva! ¡Viva!») ¡Eso! ¡Ejem...! ¡Ejem...! (Pinocho refresco sus fauces con agua azucarada, porque no sabe cómo continuar el párrafo, esto es, como un orador de los de verdad.) Quiero regalar a los grupos de equipos pinochistas una copa, para que se la disputen en singulares y reñidos torneos.

La cosa es clara como el agua, mejor dicho, como debía ser el agua. Mas si esto no fuese suficiente, daré lectura al siguiente

Reglamento.

Artículo 1.º Por toda capital de provincia o ciudad de más de 40.000 almas que reúna cuatro o más equipos pinochistas, Pinocho comprará una formidable copa de plata, que será adjudicada al Club que resulte vencedor del torneo local.

Art. 2.º Una vez formada lo que pudiéramos llamar Liga Pinochista de X, los componentes de ella (capitanes de cada uno de los Clubs) designarán a una persona respetable y de solvencia social que les represente cerca de nuestro Comité organizador.

Art. 3.º El Comité organizador de los «Torneos de Pinocho» residirá en nuestra Redacción: Valencia, núm. 28.

Art. 4.º En cuanto el Comité organizador tenga noticia de la organización de una Liga local, adquirirá el trofeo origen de esta deportiva competición.

Art. 5.º En los «Torneos de Pinocho» se seguirá la marcha llamada de eliminación.

Art. 6.º El presidente de la Liga será el llamado a resolver cualquier caso o incidente local, si es que éste se produjese.

Art. 7.º Para estos partidos, los Clubs contendientes nombrarán el árbitro de común acuerdo.

Art. 8.º Si antes de las doce horas anteriores a la fijada para dar comienzo al partido no hubiese recaído acuerdo sobre el arbitraje, esta cuestión será resuelta por el presidente de la Liga social.

Art. 9.º La duración de los partidos no podrá exceder de una hora, siendo, como es natural, los tiempos de media hora.

Art. 10.º El trofeo será remitido contra el envío de las actas de los partidos jugados y la fotografía del Club vencedor.

Art. 11.º En la Revista PINOCHO se publicarán con la debida amplitud las reseñas de estos partidos, así como toda clase de información gráfica.

Art. 12.º El plazo en que deben inscribirse las Ligas expirará el 1.º de Enero de 1926.

Art. 13.º En todas las reclamaciones que el Presidente de la Liga formule entenderá, sin apelación, el Comité organizador.

Art. 14.º Los preceptos reglamentarios del juego serán los establecidos en el Reglamento de la F. I. F. A.

Artículos adicionales.

A) El Comité organizador está facultado para admitir o rechazar cualquier grupo o Liga cuando ésta no esté constituida con arreglo a los preceptos reglamentarios o en el caso especial que lo crea menester.

B) En ninguno de los casos que resuelva el Comité organizador en firme habrá lugar a apelación o protesta de ningún género.

■ ■ ■

—Y ahora —terminó diciendo Pinocho— sólo espero que en España entera mis amigos me preparen manifestaciones «espontáneas» de entusiasmo.



Zamora, el genial guardameta español, justificación de nuestros triunfos internacionales, que va a ser objeto de un merecidísimo homenaje.

Crónica de deportes.

POR DUX.

Avanza el campeonato de fútbol y se van apuntando ligeros esbozos de lo que pueden ser los campeonatos regionales. La Real donostiarrá ha vencido por segunda vez a la Real irundarra, por un tanteo tan significativo cual es el de 5-1.

El «Sporting» gijonés sucumbió ante el «Stadium» ovetense, y los balompédicos sevillanistas de la bella capital andaluza empataron.

En la región centro se comienza a dibujar una supremacía del «Real Madrid», que de salir victorioso de la «Gimnástica» terminará su primera vuelta sin una derrota y sólo con el empate del «Racing». Se dice que en este partido saldrá a la concha Juanito Monjardín; de todas formas, ha de ser un partido reñido y de interés.

De boxeo sólo existen dos figuras: la de Paulino y la de Ruiz.

Cuando leáis esta página, queridos y pequeños lectores, el primero se habrá enfrentado con el campeón de Alemania, y Ruiz habrá pasado por el riesgo de jugarse el título con Ciclone.

La Federación Nacional de Boxeo, que no sabemos en virtud de qué disposición reside en Barcelona, ha buscado el truco de subastar este «match», sabedora de que los empresarios catalanes, más dados a los sacrificios o las aventuras, se lo llevarían, y así ha sido, por la bonita suma de treinta mil pesetas.

Ruiz tendrá que acudir de nuevo a la ciudad condal, llevando en su equipaje el título de campeón de Europa muy bien ganado. ¿Lo traerá a su regreso? Confiemos en que sí, porque en esta ocasión los jueces y director de combate serán los designados por el Comité de la International Boxing Unión; si fuesen los que intervinieron en el campeonato de España, era de esperar un inicuo despojo, como en aquella ocasión.

Y consideremos nada más que con una apreciación lo caprichoso de aquella decisión.

Ciclone, si vence a Ruiz, será campeón de Europa después de dos meses de haber logrado el título nacional y sin tener en la lista de sus derrotados a ningún campeón nacional europeo.

Realmente, los mangoneadores del boxeo «nacional» le han preparado a «su» campeón una rápida y lucida carrera pugilística.

Anunciada por Pinocho la generosa donación de copas de plata para cada una de las ligas o asociaciones de clubs pinochistas, será enorme el movimiento que siga a este rasgo de singular afecto para aquellos que con el nombre de Pinocho por bandera se lanzan a la lucha deportiva.

El Torneo de Pinocho se desarrollará en breve a marchas forzadas, para recuperar el tiempo involuntariamente perdido.

Se está hablando insistentemente del proyecto que tiene el comandante Franco de dar la vuelta al mundo en avión, acompañado del capitán Ruiz de Alda.

Esta proeza, al lado del éxito obtenido en Londres por el autogiro «Cierva» y el que obtendrá en breve en los Estados Unidos de América, hablan al mundo con bastante elocuencia de nuestro valor aviatorio.

Vallana, el back arenero, ha descalificado por tres meses al jugador del «Baracaldo» Travieso. Esto es un síntoma de la agitación inter clubs, que es necesario atacar de una vez en serio.

La Real Confederación de Atletismo se muestra pesimista, y quiere dimitir. Lo que parece fracasado es el proyecto de los matches con Bélgica e Italia.

Nuestros cronistas.

Deportes atléticos.—El triple salto.

Se puede decir de este salto que es una nueva prueba atlética, pues sólo es conocida y practicada desde el año 1922. Es parecido al salto de longitud, pues su impulso es el mismo, y el reglamento que rige esta prueba es casi idéntico. Pero no pasa lo mismo con las cualidades o aptitudes físicas, pues para este salto se necesita

que el atleta tenga más resistencia en los miembros inferiores que para el otro, y una agilidad y fortaleza a toda prueba.

El impulso. Se toma, generalmente, sobre una distancia de 20 ó 25 metros; el recorrido de esta distancia se divide en dos partes: en la primera se ve al saltador correr, progresivamente, a un paso no muy rápido; en la segunda se ve que ha dejado la carrera progresiva por una más rápida y potente; luego, antes de llegar a la tabla de pique, o sea a la línea del salto, da los dos últimos pasos más cortos que los anteriores, para poder de esa manera reconcentrar energías.

Este impulso se parece al del salto de longitud, pues se ve al atleta lanzar el cuerpo hacia adelante, la pierna que da el impulso se contrae, la cabeza se lleva hacia atrás y la otra pierna se coloca delante de la otra para tocar tierra.

El primer salto. Consta de una tijera, que se divide en dos partes: en la primera se ve que la pierna que no ha hecho el pique o impulso se extiende hacia adelante, que el cuerpo se endereza y que la pierna que ha hecho el impulso se dobla hacia atrás; después, la otra pierna se dobla igualmente y se junta con la otra; entonces se ve que el cuerpo está en forma de arco. La segunda parte es más interesante, pues el cuerpo se va enderezando, la pierna de impulso se dirige hacia adelante y la otra cae verticalmente; entonces se produce la caída, en la cual el peso del cuerpo recae sobre la pierna de pique, los brazos se mueven lentamente hacia atrás para dar más impulso, la pierna, antes vertical, ahora se dirige hacia atrás para después ir hacia adelante en el segundo salto.

Segundo salto. Es como un lazo entre el primero y el último; en este salto el atleta no hace sino reconcentrar energías para el salto final; es como una zancada, y casi no tiene nada de parecido con el primero; sólo tiene el impulso que se efectúa con la pierna que ha producido la caída en el primer salto.

Tercer salto. Al principio se ve que es como la primera parte de un paso; la pierna de atrás, tendida; la de adelante, con la rodilla levantada; el cuerpo, un poco inclinado hacia adelante, y los brazos, ligeramente levantados hacia arriba; luego, el cuerpo se va enderezando, los brazos caen y la pierna del impulso se dobla lo mismo que la otra; en este momento parece que el saltador está de rodillas; después de esta posición se ve al atleta dar un brusco impulso hacia lo alto, y entonces se produce la caída, parecida a la del salto alto, en donde los brazos y piernas se extienden hacia adelante, en el que el cuerpo parece ser atraído por la tierra, y en donde las piernas se doblan para amortiguar la caída.

Detalles. De la longitud de los saltos se puede decir que el primero y el último son más largos que el segundo, y que los dos primeros saltos se producen por la pierna que ha hecho el impulso, y el tercero, por la otra pierna, que es menos potente.

PUNLLY.
(Pinochista.)

En Buenos Aires.

«Pinocho A», 1; «Atlético Celestial», 0.

Este partido resultó ser equilibradísimo, actuando ambas defensas de forma admirable. El único «goal» lo señaló José Linari a los veintiséis minutos del segundo tiempo. Después de pasarse a los dos «backs», lanzó un tiro alto, que hizo el tanto de la victoria.

A los doce minutos del segundo tiempo, Bareus incurre en «faut» dentro del área penal. Plumer, «back» contrario, se encarga de cumplir la pena, pero chuta desviadamente.

«Pinocho A» formó así: Lucarelli; Inzúa y Bareus; Marini, Dacal y R. Lagarde; Kalmuco, Linari, Rieti, V. Lagarde y Félix.

«Pinocho B», 2; «Blanco y Negro», 2.

Resultó sumamente interesante este partido.

El resultado fué lógico. «Blanco y Negro» demostró poseer una línea delantera muy buena.

Se inició el juego a las tres y cuarenta y cinco. Los primeros minutos fueron favorables al «Blanco y Negro», consiguiendo a los nueve minutos el primer «goal» en un «córner».

«Pinocho B» consiguió empatar a los veintiocho minutos, por intermedio de Berico, al recibir un pase de Condarco.

A los once minutos del segundo tiempo, Céspedes, desde tres metros, bate por segunda vez al portero contrario. Desde este mismo momento, «Blanco y Negro» domina fuerte. Sólo Hortal y los «backs» sostienen el triunfo. Pero cuando sólo faltaban dos minutos, el «referee» castiga a Delgado con «hars» penal. Esta pena fué muy protestada; pero el «referee» mantuvo su fallo, y Seratti, con un tiro corto consiguió empatar el partido.

«Pinocho B» formó así: Hortal; Delgado y G. Lucarelli; Martínez, Torecioni y Carri; R. Blanco, Berico, Condáreo Torres y Céspedes.

FÉLIX ZANCÍVAR.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué son amargas las medicinas. ¿Por qué es amarga la sal de higuera, vamos a ver? ¿Por qué es insufrible el sabor de la quinina?

—Todo tiene su explicación, querido Chonón, y muy comprensible.

—Pues yo no la comprendo.

—Ya verás. Las substancias que sirven como medicamentos no son precisamente alimentos naturales, querido Chonón. Quiere decir esto que si una persona, tú, el Barón de la Castaña, cualquiera, se aprestara a tomar medicinas como se toma el pan, por ejemplo, como alimento, terminaría por morir con más o menos rapidez. La medicina, por regla general, no es substancia que pueda servirnos como manjar cotidiano, y así como la naturaleza en el reino animal ha dado al tigre, al león, etc., etc., un aspecto imponente para que el hombre huya de estos seres dañinos, del mismo modo, en el reino vegetal, la naturaleza ha dado a muchas plantas, a las perjudiciales o nocivas, sabor repugnante para que el hombre huya de ellas y no las pruebe.

—¿Pero qué tienen que ver eso con las medicinas?

—Vamos a eso. Las medicinas están comprendidas, en la mayoría de los casos, en aquellas plantas. La substancia, sacada de un vegetal de éstos, sería perjudicial a grandes dosis; pero, en cambio, recetada en pequeñas porciones, puede servir para curar esta o aquella enfermedad. El sabor amargo de las medicinas proviene, pues, de las substancias de que están compuestas, que no son, ni con mucho, substancias que podríamos ingerir diariamente, como el pan, por ejemplo.

—Te aseguro que no veo claro, amigo buho. A mí no me gustan los espárragos porque están amargos, en tanto que a Don Turulato le maravillan. ¿Es el espárrago un alimento que no es alimento, una medicina, esto es, algo que sería perjudicial si lo comiésemos a grandes dosis? No comprendo.

—Te has confundido, querido Chonón. Yo me explicaré con claridad.

El espárrago es un buen alimento aunque amargue un poquito. El espárrago no tiene nada que ver con la sal de higuera. El espárrago es un alimento, pero un alimento especial, un alimento que disgusta a los niños, que gusta a los mayores, un alimento...

—Pero el espárrago amarga, amigo buho.

—¡Pero amarga tan poco...! A los niños no les gustan los espárragos porque a los niños les gustan, sobre todos los alimentos, los dulces; y a los niños les gustan los dulces, no por un capricho, como podrías creer, sino por una verdadera necesidad de su organismo. El niño pide dulces porque los necesita para el fortalecimiento de sus huesos, y repudia el espárrago, como la cerveza, como el café con escaso azúcar, por la sencillísima razón de que no le benefician. Por otra parte, hay cosas que gustan cuando niños y que disgustan o molestan cuando mayores. Y fíjate que las medicinas, en realidad, no gustan en ninguna época ni ocasión. Y fíjate, además, que cuando queremos ingerir, evitándonos un mal rato, alguna medicina, mezclamos ésta con alimentos naturales.

—Ya veo un poco más claro.

—Naturalmente. Estimamos agradable lo que nos es beneficioso; desagradable, lo perjudicial. Así se guían los animales y así nos guiamos nosotros en cuanto a los alimentos. Sin embargo, ello no es una regla segura, matemática. El hambre puede hacer agradable una substancia que en realidad nos sea nociva.

—Y las medicinas...

—Las medicinas entran, desde luego, en las substancias que nos son perjudiciales; pero el hombre, estudiando, estudiando, ha llegado a averiguar que tal cosa, aunque perjudicial y desagradable, tomada en corta cantidad, sirve para corregir tal o cual deficiencia de nuestro organismo.

—Entonces, no hay que hablar más de los espárragos.

—Ni hay que considerarlos como medicina. Te suplico respeto para este alimento que, así en tortilla como de otra forma, constituye un manjar riquísimo.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Venga el cargamento —respondieron ambos pescadores.
—¿Flota bien el bote?
—Mejor que nuestra chalupa.
—Allá van los cajones y los toneles; colocadlos de modo que la embarcación quede bien equilibrada.

—Descuidad, patrón.

En pocos minutos embarcaron toda la carga del doctor, poniendo los barriles, como más pesados, a popa, y los cajones a proa. Luego colocaron los remos.

—¿Estamos dispuestos? —preguntó el doctor.

—Sólo falta partir, señor —respondió Miguel.

El señor Bandi y el patrón aseguraron una cuerda en el saliente de una roca y descendieron.

—¿Tenéis miedo? —preguntó el doctor a los dos pescadores.

—Yo no, señor —respondieron a una Miguel y Roberto.

—¡Cortad el cabo y partamos!

CAPÍTULO V

LA GALERÍA SUBTERRÁNEA

A la orden dada por el doctor fué cortado el cabo, y el bote, después de girar unos momentos sobre sí mismo, se vió arrastrado por aquel río subterráneo, que corría de Levante a Poniente, produciendo un sombrío rumor bajo las bóvedas de la gigantesca galería.

El señor Bandi, de pie, a proa, con una antorcha en la mano, admiraba, estupefacto, aquella maravillosa obra, debida al genio del atrevido capitán de la República Genovesa, mientras sus compañeros, presa de creciente ansiedad, verdaderamente aterrorizados, mirábanse al rostro mutuamente, preguntándose si en verdad se hallaban sepultados en el interior de la tierra y cómo habrían tenido atrevimiento para tanto.

Aquellas densas nieblas, rotas a duras penas por la humeante antorcha del doctor, y aquel sordo mugido de la corriente subterránea, que el eco acrecentaba, no eran ciertamente para infundir valor a hombres que ya de suyo eran supersticiosos. Acababan de partir y ya se creían miles de millas alejados de la superficie de la tierra, perdidos en los pavorosos abismos del globo.

Unicamente el doctor había conservado por completo su sangre fría. Sus miradas continuaban observando con creciente admiración, ora la bóveda, ora el río subterráneo, preguntándose por milésima vez cómo aquel capitán se habría decidido a llevar a cabo tan prodigiosa obra.

—¡Magnífico! ¡Soberbio! —exclamó de repente, rompiendo el pavoroso silencio que reinaba en la embarcación—. Jamás hubiese creído que el hombre pudiese realizar obra semejante, especialmente si se tiene en cuenta la época en que se realizó.

—Todo puede esperarse, pero jamás una obra como ésta, digna de romanos.

—Todo lo soberbia que gustéis, doctor; pero, ¡por cien mil merluzas...! No sé qué será; pero os aseguro que comienzo a sentir ciertos escalofríos que pudieran muy bien ser producidos por el miedo —dijo Vicente, el patrón—. Jamás hubiese pensado que la obscuridad produjese tales efectos.

—¿Miedo vos, Vicente? —dijo el doctor, sonriendo.

—Os lo juro.

—Creía que el asombro tan sólo hubiese atado vuestra lengua. ¿No os parece maravillosa, increíble, esta obra?

—No digo lo contrario; pero, este ruido, estas tinieblas, esta corriente que nos arrastra...

—Esa es la primera impresión, Vicente; pasará muy pronto.

—¿Y si no pasase, doctor? —preguntó el pescador en tono jocoso.

—¿Queréis, acaso, volver atrás?

—¡Eh! ¡No, doctor...!

—¡Pues adelante...! Este viaje, además, no puede durar mucho tiempo. Si la velocidad de la corriente no disminuye pronto llegaremos a la Spezia. Querría, sin embargo, saber, antes de comenzar el viaje dónde comienza este canal y de dónde viene este agua.

—¿Queréis, por lo tanto, remontar la corriente?

—Sí; para saber en qué punto desemboca.

—Muchachos, a los remos —ordenó el patrón.

Los dos pescadores no se hicieron repetir la orden, colocándose inmediatamente uno a babor y otro a estribor, remando con precaución, a fin de no estropear los bordes de la ligera embarcación.

Antes de alejarse, rogó el doctor a Vicente que echase la sonda y midiese la anchura de la galería, a fin de asegurarse de si aquel paso podría servir para los grandes buques modernos.

La sonda dió una profundidad de doce pies, y la galería una anchura de veinticuatro metros.

—¿Qué importancia estratégica tan enorme podría tener este canal! —dijo el doctor cuya admiración iba en aumento—. ¡El Adriático y el Tirreno unidos por este río subterráneo...! ¡Génova y Venecia a tan poca distancia una de la otra, y Spezia en la desembocadura...! ¡Qué hombre tan admirable era el capitán...!

—¿Tan importante os parece este canal? —preguntó Vicente, el patrón, que no entendía palabra de estrategia.

—¿Pero no os dais cuenta de su importancia en el caso de que estallase una guerra contra Italia...? Su armada podría, gracias a este canal, presentarse de improviso, en veinticuatro horas, en el Tirreno o en el Adriático para defender a Génova, Spezia, Venecia y Ancona, sin necesidad de dar la vuelta a la península, y, lo que es de más importancia aun, sin verse expuesta al riesgo de ser vista y bombardeada.

—¿Podrían pasar los acorazados modernos?

—¿Y por qué no...? Bastaría con quitarles los palos, que resultan verdaderamente inútiles, y bajar las chimeneas. Hay agua suficiente para buques de gran calado; y la anchura del canal es tal, que puede permitir el paso a cualquier barco, por grande que sea.

—¿Qué motivo creéis que impulsaría al capitán Gottardi a emprender construcción tan gigantesca?

—No sería, de seguro, la mutua ayuda de Génova y Venecia, porque en aquel tiempo no existía aún el reino de Italia. Tengo para mí, como ya os he dicho, que debió moverle el deseo de poder sorprender a la

república veneciana, acérrimo y peligroso adversario de la genovesa.

—¿Qué trabajo tan duro para los negros que trabajaban a las órdenes del capitán!

—Fué tremendo, sin duda alguna.

—¿Y durante ocho largos años...! ¡Envidiable perseverancia...!

—Ya veremos si todo es obra de la mano del hombre.

—¿Qué es lo que queréis decir, doctor?

—Que el capitán puede haber encontrado alguna galería natural. Pronto veremos si mi hipótesis se confirma. ¡Oh...!

—¿Qué os pasa, doctor?

—Parece que la corriente es ahora menos impetuosa, Vicente.

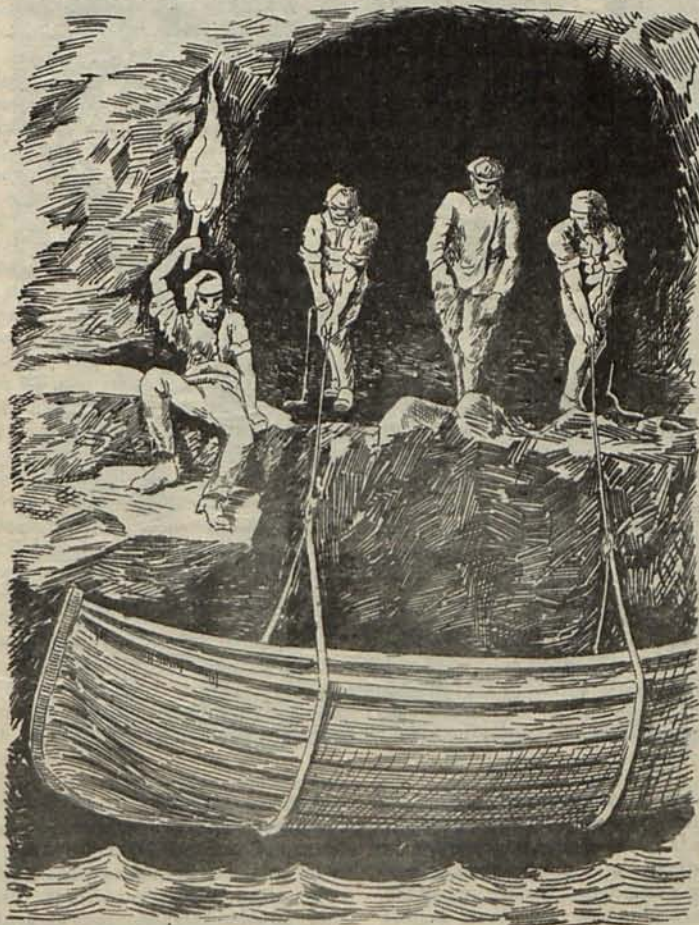
—Es verdad, señor —dijeron Miguel y Roberto.

—¿Cómo será esto? —preguntó el patrón.

—Se explica fácilmente —dijo el doctor—. El flujo y el reflujo deben de influir en ello.

—¿Esta galería, entonces, desemboca en el mar?

—Por lo menos, así lo supongo; adelante, muchachos, el Adriático no debe estar ya lejos y supongo a dónde se dirige la galería y hasta el lugar donde termina.



—¿Dónde suponéis que termina?

—Cerca de Brondolo, si nuestras brújulas no mienten.

—Son exactísimas, doctor.

Empujado el bote por los vigorosos impulsos de los dos pescadores, avanzaba velozmente, y tanto más cuanto que la fuerza de la corriente seguía disminuyendo.

El aspecto de la galería seguía siendo el mismo; únicamente parecía que cambiaba la constitución de la roca. Mientras en las cercanías de la cueva las paredes parecían formadas de una masa arenosa, guijarros y lava, ahora se componían de travertino, es decir, de tufo calcáreo, fácilmente desmoronable, no presentando mucha resistencia.

En la bóveda, bóveda desigual y de frecuentes desniveles, la humedad, disueltas las calizas, había formado un número infinito de estalactitas, que pendían como agujas gigantescas o como dientes de un inmenso peine.

Las había gruesas como tubos de un órgano, delgadas como canutillos, lisas, desiguales y algunas transparentes como si fuesen de vidrio. Algunas eran tan largas que tocaban la canoa; pero tan frágiles también, que se partían al menor golpe, haciendo un ruido sordo al caer.

Habían ya recorrido un par de millas, acercándose de una a otra pared, cuando en lejanía, entre las tenebrosas aguas, viéronse aparecer de repente unas líneas que parecían de fuego y un número infinito de puntos luminosos, que se agitaban en todas direcciones, apagándose unas veces, volviendo otras a encenderse.

Miguel y Roberto, sorprendidos y hasta asustados por tan extraño e inesperado espectáculo, habían dejado de remar.

—¿No veis, doctor? —exclamaron ambos, con voz un tanto temblorosa.

El señor Bandi, que en aquel momento se hallaba de espaldas, examinando la brújula que Vicente, el patrón, le mostraba, volvióse rápidamente y no pudo contener una exclamación:

—¡Precioso...!

—Por mil merluzas...! ¿Qué es aquello? —preguntó Vicente, palideciendo.

—Una cosa bien sencilla —respondió el doctor.

—¿Belcebú, acaso, que toma un baño en estas tenebrosas aguas?

—Belcebú no tiene aquí nada que hacer —contestó riéndose el doctor—. Es simplemente una bonita fosforescencia marina. ¡Mirad, Vicente...! Es muy posible que jamás hayáis visto otra semejante en nuestro Adriático.

El espectáculo era maravilloso, en efecto. Parecía que aquella corriente, encerrada en las entrañas de la tierra, se hubiese de pronto convertido en un río de plata fundida, o de azufre líquido.

Aquellas aguas, poco antes negras, centelleaban bajo las bóvedas de la oscura galería. Ora brillaba la superficie como si estuviere cubierta por un paño tejido con hilos de plata, ora daba la impresión de que por debajo de ella se sucediesen oleadas de pez hirviendo o de betún, que subían del fondo del canal; otras veces, surtidores de fuego derramábanse en todas direcciones, como verdaderos relámpagos que, escapando del interior de la tierra, lanzasen por miles de hendiduras rociadas de lava encendida. En ocasiones, apagábase aquella iluminación en un punto para encenderse en otro, viéndose correr por entre las oscuras aguas torbellinos de centellas o de globos azules o color de rosa, que parecían verdaderas lámparas de luz eléctrica.

—¡Bellísimo, espléndido, soberbio! —repetía el doctor—. ¡Qué contraste con la oscuridad que nos rodea!

—¿Creeis que esa fosforescencia la producen miriadas de peces, como ocurre en el mar? —preguntó Vicente, que estaba dispuesto a ver en aquel fenómeno la cola de Belcebú, por lo menos.

—Cuando lleguemos junto a ella te convencerás.

—¿Y veremos peces?

—De seguro, Vicente.

—¡Hum...!

—¡Incrédulo! Ya verás cómo nos preparamos con ellos una buena cena. ¿Habéis traído alguna red?

—Tengo anzuelos y un arpón, doctor.

—Es suficiente.

—¿Y qué peces creéis que haya aquí?

—Las mismas especies que en el Atlántico y en el Mediterráneo —contestó el doctor—. Mirad, allá lejos veo ciertas bolas lucientes que parecen peces lunas.

—Mala pesca, señor Bandi; prefiero las doradas.

—¡Pero no los vamos a dejar escapar...!

—¡Oh, no...! A falta de otra especie mejor, comeremos peces luna. Pero hay aquí algo que no comprendo.

—Explicaos.

—¿Por qué habrá ahora aquí tantos peces reunidos, en tanto que antes no los veíamos?

—Porque quizá esté cerrado el canal allá lejos, Vicente.

—¿De modo que no podremos pasar más adelante?

—Luego te lo diré con más seguridad. ¡Ea, muchachos, bogad más de prisa!

La canoa, impulsada vigorosamente, entró bien pronto en las aguas fosforescentes, haciendo salpicar ante su proa miriadas de puntos luminosos, que debían ser producidos por la aglomeración enorme de noctilucas: esos pequenitos organismos marítimos cuya naturaleza, animal o vegetal, aún no está definida con exactitud, y cuya forma es semejante a la de un melocotón protegido por un apéndice membranoso.

El agua en torno de ellos parecía un espejo de plata, como si en el fondo del canal hubiesen sido colocadas mil bombillas eléctricas. En medio de aquellos relámpagos vivientes nadaban los peces, proyectando a diestra y siniestra fulgores de luces diversas.

Abundaban, sobre todo, las medusas, la *pelagie nottiluche*, la *berenice rosee* y el *cicloforo*, bellos moluscos que parecen estar formados de clara de huevo o de sutilísimas madreperlas, que se asemejan a sombrillas abiertas de hermosos tonos color azulado, rojizo o verdoso.

Había centenares de ellas que se dejaban arrastrar muellemente por la corriente, como boyas luminosas abandonadas sobre la superficie de un río.

Tampoco faltaban las *pennatulas*, las *lucernarias*, deslumbrantes de delicados matices, y tantas otras clases de peces propios del Mediterráneo; ni tampoco los peces luna, ya indicados anteriormente por el doctor.

Algunos de estos grandes y redondos habitantes del mar fueron a dar vueltas en torno de la chalupa, agitando sus grandes aletas y mostrando sus extrañas bocas. Uno de ellos, mayor que los demás, osó elevar la cabeza fuera de la superficie del agua, como para observar mejor a Vicente, que estaba a proa, con su arpón alzado y dispuesto a arrojarlo.

—Parece que te está esperando, Vicente —dijo el doctor—. He ahí un buen golpe.

No había aún terminado la frase y ya el pez se veía atravesado, retorciéndose en la aguda punta del arpón del pescador.

Roberto y Miguel dejaron los remos para ayudar al afortunado y habilísimo Vicente.

El pez, aunque herido en diferentes partes de su cuerpo y derramando sangre en abundancia, hacía desesperados esfuerzos por escapar de los agudos dientes del arpón; pero Miguel y Roberto le agarraron en seguida por sus amplias aletas y lo tenían bien aprisionado, a pesar de las violentas sacudidas que hacía experimentar a la frágil embarcación.

Aquel habitante de la oscura galería era uno de los más grandes peces luna que aquellos pescadores habían visto en su vida; pesaba más de setenta kilos y era, por lo tanto, difícil, si no imposible, sacarlo a flote para embarcarlo a bordo de la canoa, tan débil y de costados tan poco sólidos.

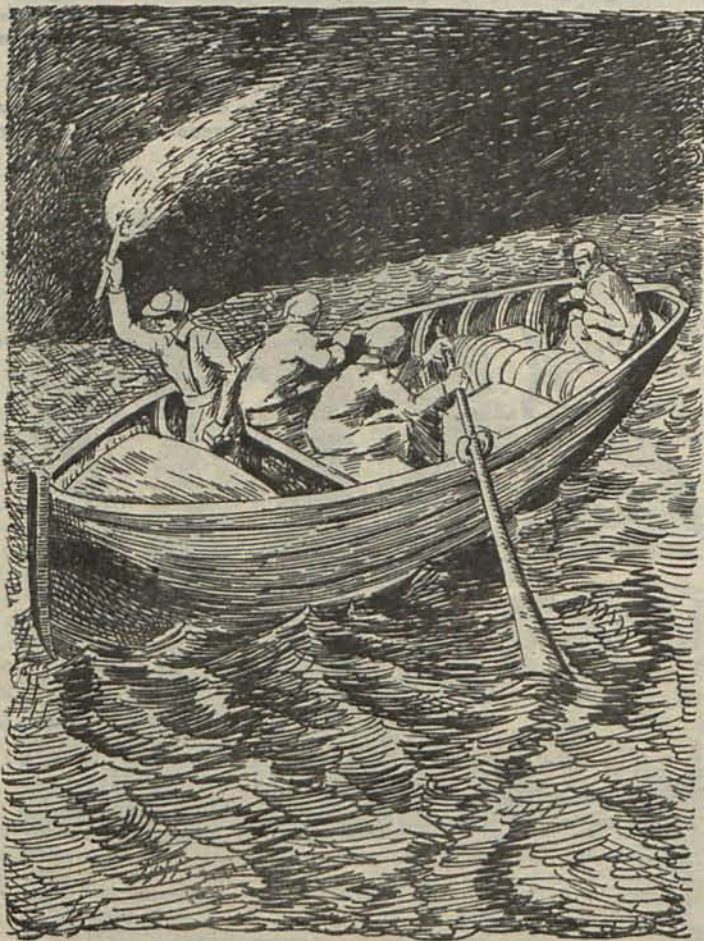
En el Mediterráneo son muy abundantes los peces lunas. Sin duda son los más extravagantes nadadores de nuestros mares, pues carecen de escamas y de cola, estando en cambio provistos de un largo pico semejante al de ciertos pájaros, en particular al del verdón.

En realidad no carecen de cola, pero la tienen tan corta y rudimentaria que casi no se les ve, teniendo la parte posterior del cuerpo redonda en vez de ser en punta como la mayor parte de los otros habitantes de los mares.

Se parecen en su forma a un gran disco, esférico en su parte central y muy delgado en sus bordes, guarnecidos por dos grandes aletas dirigidas hacia su parte posterior y que parecen las palas de las hélices; la piel de ese disco, que es muy luciente, de color argentado, está erizada aquí y allá de puntas, tubérculos y callosidades.

Su boca es muy curiosa: los dientes, que se les ven muy bien, no cubiertos por labios, están formados por laminillas de una sustancia blanca que parece marfil, y uniéndose forman una especie de pico.

(Continuará en el número próximo.)





ABUQUIR, ABUSIR

CUENTO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

su lado, puedas llevarte de aquí bienes suficientes para no tener ninguna necesidad.

—¡Oh príncipe! —dijo humildemente Abusir—. ¡Ojalá Dios quiera aumente todavía más tu poder! Un número tan considerable de esclavos, de sirvientes y de negros constituye una casa propia de reyes. Para mí hubiera sido más ventajoso haber recibido dinero: tal multitud de gente necesita comida y vestidos, y todo lo que yo debo a tu generosidad no bastaría para mantenerlos.

—Tienes razón —contestó riendo el rey—, esto es todo un ejército que no podrías alimentar. ¿Quieres vendérmelos a cien dinares cada uno?

—Con mucho gusto —replicó Abusir.

El rey llamó a su tesorero y le dio órdenes de traer la cantidad, que fué contada en seguida y entregada a Abusir. A continuación el rey se los devolvió a sus propietarios.

—¡Que cada uno tome su esclavo, su sirviente y su negro: es un regalo que yo le hago!

—¡Oh justo príncipe! —exclamó Abusir—. ¡Que el cielo se digne alejar de ti todo cuidado, como tú me has librado a mí de estos ogros, a quienes sólo Dios podría saciar!

El rey sonrió y le obsequió aún más; después volvió a palacio, seguido de la corte.

Abusir pasó toda la noche contando su oro, metiéndolo en bolsas y poniendo en ellas su sello.

A la mañana siguiente abrió el baño (en cuyo servicio tenía empleados: veinte negros, veinte esclavos y cuatro sirvientes) e hizo pregonar por la ciudad que los que vinieran al baño pagarían según sus medios y su generosidad. El se instaló en el bufete; el público acudió en tropel y cada uno dió lo que pudo; antes de acabar la tarde, ya estaba llena de dinero la caja.

La reina mostró deseo de ir al baño. Informado de ello, Abusir, para complacerla, dividió la jornada en dos partes: desde el amanecer hasta mediodía reservó el baño para los hombres; y desde mediodía hasta ponerse el sol, para las mujeres. Cuando se presentó la reina, halló una sirvienta en el puesto de Abusir, y fué servida por cuatro mujeres a quienes el barbero había enseñado su obligación. La soberana, satisfecha y maravillada de sus cuidados, dejó mil dinares.

La reputación de Abusir se extendió por la ciudad entera, y cuantos venían al baño, ricos y pobres, le pagaban esplendidamente. La fortuna se le entró por las puertas. Conoció y trató a los funcionarios del Estado; se creó relaciones y amigos.

El rey iba al baño un día a la semana y le daba mil dinares. Los demás días estaban dedicados a los grandes personajes del reino y a los pobres. Abusir trataba a todos, mostrándose afable con ellos.

Cierta día entró en el baño el capitán de la guardia del rey. Abusir mismo lo sirvió y tuvo para él las mayores atenciones. A la salida del baño le preparó y ofreció bebidas y café. El capitán quiso pagarle, y el barbero se resistió y juró no tomar nada. El funcionario real quedó conmovido de tal proceder, y, en vista de su bondad y de sus instancias, se preguntaba qué podría dar a este bañero a cambio de su generosidad.

De esta manera se portaba Abusir.

Abuquir, por su parte, había oído a la gente elogiar el establecimiento de su antiguo camarada Abusir, lugar que estaba considerado como una de las delicias del mundo; notaba que unos citaban a los otros para ir a este baño delicioso; y pensó que él debía visitar también aquel baño que de tal modo entusiasmaba a la gente. Se puso sus más bellos vestidos, montó en una mula, y con cuatro negros y cuatro esclavos, unos delante de él y otros siguiéndole, se dirigió al baño. Apenas llegó a la puerta, sintió el delicioso perfume del álce. Vió muchas personas que entraban, otras muchas que salían, a grandes y pequeños que esperaban su turno sentados en los bancos.

Atravesó el vestíbulo y Abusir le reconoció. Se levantó rápidamente, salió a su encuentro y se regocijó de verlo de nuevo. Abuquir, adelantándose a hablar, le dijo en tono de ecrimación:

—¿Es ésta la manera de portarse las gentes regulares? ¡Pues qué! ¡Yo he montado una tintorería, soy el único patrón de la ciudad en este oficio, me trato con el rey, estoy en la opulencia y la grandeza, y tú ni has venido a verme, ni se te ha ocurrido preguntar por mí, ni siquiera te has preocupado por saber qué habría sucedido a tu antiguo compañero! Por mi parte, he hecho algunas pesquisas para saber de ti, sin resultado alguno; he enviado a mis negros y mis esclavos a buscarte en las posadas y en todos los sitios: nadie ha podido descubrir tus huellas, nadie ha sabido darte noticias de ti.

—¿Cómo? —replicó con viveza Abusir—. ¿No he estado yo en tu casa? ¿No me has tomado tú por un ladrón? ¿No me has dado una paliza y me has avergonzado en público?

—¿Qué me cuentas? —exclamó Abuquir con fingida pena—. ¿Es posible que fueras tú el individuo a quien yo golpeé?

—Sí, yo era —afirmó Abusir.

Y Abuquir juró una y mil veces que no lo había reconocido. «Te confundí con un hombre que se parece a ti —añadió— y que me robaba las telas de mis clientes.» Y dándose palmaditas, decía:

—¡Vaya, vaya! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios el Altísimo! Ciertamente que te he faltado; pero tú, ¿por qué no te diste a conocer? ¿Por qué no me dijiste: «Yo soy Fulano»? La falta fué tuya; tú debiste dar tu nombre, tanto más cuanto yo estoy siempre aturrido con mis innumerables ocupaciones.

—¡Que Dios te perdone, amigo mío! —dijo afablemente Abusir—. Lo que ha sucedido estaba escrito en los decretos del Altísimo. Sólo El es todopoderoso. Entra al baño, desnúdate, lávate y recreáte.

—Por Dios te pido, hermano mío —suplicó Abusir—, que no me guardes ningún rencor.

—¡Que Dios te perdone! —repitió Abusir—. Esto debía de sucederme, estaba escrito!

—Pero ¿de dónde te viene esta fortuna? —preguntó el tintorero.

—De la misma fuente que la tuya; visité al rey, le hablé del placer del baño y me ha hecho construir éste.

—También yo conozco al rey —se apresuró a decir el tintorero—; y si Dios quiere, yo me arreglaré para que te siga dispensando su favor, por consideración a mí, y para que te haga nuevas mercedes sobre las que ya te ha concedido. El no sabe que tú eres amigo mío, yo se lo diré y te recomendaré.

—No necesito recomendaciones —replicó Abusir—; el rey es benévolo para conmigo, me quiere bien, como igualmente los dignatarios de su corte. Ya me ha colmado de beneficios...

Y le puso al corriente de todo, añadiéndole:

—Quítate tus vestidos en mi gabinete y entra al baño; yo mismo te serviré y te frotaré con la *kissa*.

Abuquir se desnudó, entró en el baño acompañado de Abusir, que le frotó con la *kissa*, lo laboró, lo vistió y lo sirvió personalmente. Al salir, le convidó con alguna comida y bebida. Todos los asistentes notaron con sorpresa y admiración las cortesías y consideraciones que guardaba para con el tintorero. Cuando Abuquir quiso pagarle, juró que no habría de cobrar nada, diciéndole:

—¿No te da vergüenza hablarme de semejante cosa? Para mí siempre serás el compañero, con quien todo es común.

—Amigo —le dijo Abuquir—, ciertamente este baño es magnífico; ahora que le falta un detalle.

—¿Cuál es?

—La droga compuesta de arsénico y cal que se emplea como depilatorio. Prepárala y cuando venga el rey se la ofrezcas, y le das a conocer sus efectos; seguramente su afición hacia ti se doblará y te dará alguna recompensa.

—Llévase razón —respondió Abusir—; la prepararé, si Dios quiere.

Después de lo cual, Abuquir se marchó, montó en su mula y se dirigió al palacio del rey.

—¡Príncipe soberano! —le dijo—. Vengo a darte un aviso.

—¿Cuál? —preguntó el rey.

—Ha llegado a mi noticia que has hecho construir un baño.

—¡Ciertamente! Un extranjero vino a buscarme y le he hecho levantar un baño, como a ti te hice construir una tintorería. Es un edificio magnífico, uno de los más hermosos ornamentos de la ciudad.

Y el rey se puso a enumerar las bellezas y las ventajas del baño.

—¿Has ido allí? —preguntó Abuquir.

—Sí.

—¡Bendito sea Dios, que te ha librado de las perversas maquinaciones del criminal, del enemigo de nuestra religión, del dueño del baño!

—¿Qué es lo que dices?

—¡Señor, si vuelves allí, morirás sin remedio!

—¿Por qué?

—El bañero es enemigo tuyo y de la religión. Te ha incitado a construir este baño con el solo objeto de envenenarte; ha preparado para ti una droga que te ofrecerá, cuando vuelvas a su establecimiento, diciéndote: «Esto es una pomada depilatoria de efecto seguro»; pero no creas que es inofensiva, sino un veneno violentísimo. A cambio de este crimen, el rey de los cristianos le ha prometido la libertad de su mujer e hijos, que lloran en la esclavitud.

Y Abuquir inventó la historia de que había estado con Abusir en el cautiverio, del cual había salido gracias a su habilidad en montar una tintorería; que el mismo Abusir (al encontrárselo en el baño) le había contado cómo el rey extranjero le había prometido la libertad de sus deudos si lograba matar al rey de aquella ciudad, y cómo solamente esperaba la ocasión de cumplir su cometido para volverse a su país. «Y al preguntarle yo —añadió Abuquir— con qué artificio podría lograr su objeto, me ha dicho: «Nada más fácil y sencillo. El rey ha de venir al baño: le he preparado una droga envenenada que se la dará diciéndole: «Tomad esta pomada, que es un depilatorio infalible». El la tomará y la empleará. Sólo un día y una noche serán tiempo suficiente para que el veneno llegue al corazón y le haga perecer». Yo he temblado de rabia al oír esta confidencia, porque tú me has colmado de beneficios. Ahora ya estás prevenido».

Al oír semejantes revelaciones, el rey se encolerizó violentísimamente y, encargando a Abuquir que guardara el secreto, resolvió ir al baño, para esclarecer pronto aquel asunto.

Abusir, al verlo entrar, se puso a su disposición como siempre; y después que le frotó con la *kisa*, le dijo:

—¡Poderoso señor! He preparado para ti una pomada depilatoria de efecto seguro.

—Ensémamela, respondió el rey.

Abusir se la presentó, y el rey notó en ella un olor repugnante, en el cual creyó reconocer el veneno. Indignado, llamó a su guardia, y le gritó:

—¡Detened a este hombre!

Los soldados le detuvieron, y el rey salió del baño trémulo de indignación. Nadie podía adivinar la causa del suceso; él no la dijo, y ninguno se atrevió a preguntarle. Se vistió, convocó al Consejo e hizo comparecer a Abusir, a quien trajeron encadenado. El rey dio al capitán de su guardia las siguientes órdenes:

—Coge a este criminal, mételo en un saco con dos quintales de cal viva, átalalo y colócalo en una barca. Vendrás en seguida con él bajo las ventanas de mi palacio, y cuando me veas sentado en mi balcón, me preguntarás: «¿Le echo al mar?». A mi orden: «¡Arrójalos!», le echarás al agua: la cal se irá extendiendo sobre su cuerpo, y morirá ahogado y quemado a la vez.

—Oír es obedecer —contestó el capitán.

Y se llevó a Abusir, a quien condujo a una isla en frente del palacio.

—¡Amigo mío! —le dijo—. Yo solamente he ido una vez a tu baño, y tú fuiste bueno y generoso para conmigo; me diste cuanto necesité, me colmaste de consideraciones y no quisiste aceptar ningún salario: llegaste a inspirarme profunda amistad. Te suplico que me digas qué te ha sucedido con el rey, qué crimen has cometido para provocar su cólera, hasta el extremo de que él me haya ordenado hacerte morir de manera tan ignominiosa.

—Dios es testigo —respondió tranquilamente Abusir— de que no sé nada, ni tengo idea de haber cometido ninguna falta que justifique este trato.

—Tú —prosiguió el capitán— has alcanzado un rango considerable cerca del rey, que nadie había logrado antes. Las personas que tienen el favor real son también víctimas de la envidia: algún malvado acaso te haya calumniado ante el monarca y haya provocado con su mala acción su cólera contra ti. Pero tranquilízate y nada temas: tú me colmaste de atenciones sin conocermé; yo, a cambio, te salvaré. Es-

tarás en mi casa en esta isla, y cuando salga un navío con dirección a tu país te embarcaré en él.

Abusir besó las manos al capitán y le dio las gracias.

Luego, éste trajo la cal, la echó en el saco y metió en él una piedra grande, del peso de un hombre, diciendo: «¡Dios me asista!» A continuación entregó a Abusir una red y le dijo:

—Echa esta red en el mar a ver si pescas algunos peces, porque yo, que estoy encargado de proveer de pescado a las cocinas del rey, no he podido ocuparme hoy de ello a causa de tus andanzas, y temo que vengan los mozos de la cocina a buscar el pescado y no encuentren nada. Procura, pues, coger algo, mientras que yo voy ante las ventanas de palacio a fingir que te arrojo al mar.

—Pescaré —le contestó Abusir—, y tú, anda y que Dios te ayude.

El capitán puso el saco en la barca y se dirigió al sitio indicado; allí estaba ya el rey.

—¡Señor! —le preguntó—, ¿lo arrojo al mar?

—¡Arrójalos! —ordenó el rey haciendo un signo en la mano.

Y en aquel instante brilló un objeto en el espacio y cayó al mar.

Era el anillo encantado del rey: cuando el monarca se irritaba contra uno y quería matarlo, le bastaba con hacer una señal, levantando la mano derecha donde lo llevaba puesto; del anillo salía un rayo que hería al condenado e inmediatamente su cabeza caía de sus hombros. El rey debía la obediencia de los soldados y la sumisión de los grandes dignatarios del reino a la virtud de este anillo. Así que, cuando se le cayó de la mano, no se atrevió a decir a nadie que lo había perdido, sino que se calló, por temor a que su ejército se sublevase contra él y lo matara. Tan crítica era la situación del rey.

Abusir, después que marchó el capitán, cogió la red, la echó al mar y la sacó llena de peces. Repitió la operación, y continuó un buen rato, llegando a pescar una cantidad considerable. Pensó que hacía mucho tiempo que no había comido pescado y escogió un pez grande y gordo, diciéndose: «Cuando venga el capitán le pediré que me fría este pez y me lo comeré». Y lo degolló con su cuchillo; pero notó un obstáculo al llegar a la garganta, y vio el anillo que el pez se acababa de tragar. El destino lo había llevado hasta aquella isla y le había hecho meterse en la red. Abusir puso en su dedo meñique este anillo, cuyas maravillosas propiedades ignoraba.

Entonces se presentaron los mozos del cocinero buscando pescado, y al llegar cerca de Abusir le preguntaron dónde estaba el capitán.

—No lo sé —respondió Abusir haciendo un movimiento con la mano derecha.

Y a este movimiento cayeron de sus hombros las cabezas de los criados.

—¿Quién los habrá matado? —gritó Abusir estupefacto.

La muerte de estos dos hombres lo afligió mucho, y cuando estaba reflexionando acerca de lo sucedido, llegó el capitán. Al ver los peces, los dos cadáveres y el anillo en la mano de Abusir, se dio cuenta de lo que pasaba y le dijo:

—No muevas, querido, la mano en la que llevas el anillo, porque me darías muerte.

Esta recomendación acabó de asombrar a Abusir.

—¿Quién ha matado a estos hombres? —preguntó el capitán, acercándose.

—Lo ignoro, hermano —respondió Abusir.

—En efecto, tú lo debes ignorar —replicó el capitán—; pero..., ¿cómo está ese anillo en tu mano?

—Lo he encontrado en la garganta de un pez.

—¡Ciertamente! Yo lo he visto brillar cuando se le escapó al rey y cayó en el mar; era en el momento en que me había dado orden de arrojarlo al agua y yo había echado el saco; el anillo se salió de su dedo y fue a parar a las olas; el pez lo habrá tragado y Dios lo ha empujado hacia la red. Todo esto es una gran fortuna para ti...; pero ¿conoces tú las virtudes de esta sortija?

—En modo alguno.

—Pues bien: has de saber que si el ejército obedece a su soberano es por temor a este anillo, que está encantado. Cuando el rey se irrita contra alguno y quiere darle muerte, basta con que haga una señal con esta sortija, y la cabeza de la víctima se cae de los hombros; el rayo lanzado por el anillo hiere al que ha incurrido en la cólera del soberano, y lo mata.

Tales palabras alegraron extraordinariamente a Abusir, que dijo al capitán:

—Vuélveme a la ciudad.

—Con mucho gusto —contestó el capitán—; no temo nada malo por parte del rey; porque si tú quisieras matarlo, un ademán te bastaría para hacer rodar su cabeza, y si desearas aniquilar el ejército, lo conseguirías con la misma facilidad.

(Continuará en el número próximo.)

EL RELOJERO DEL REY

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Paseando un día la Suerte y la Inteligencia, entablaron conversación sobre qué sería mejor en el destino del hombre: si tener suerte o estar dotado de una buena inteligencia.

Sostuvo ésta, como es natural, que el que tenía un gran talento debía ser más feliz y afortunado; afirmando la Suerte, por el contrario, que la felicidad toda dependía siempre de la fidelidad de la fortuna. Como no llegaron a convencerse, convinieron en experimentarlo prácticamente. Y como vieran en aquellos alrededores labrar a un joven, al parecer medio simple, dirigiéronse hacia donde estaba.

Cuando el labrador vió llegar a los viajeros, paró aquél sus faenas y dijo a un muchacho que guiaba el arado que desde aquel momento se conceptuaba un verdadero sabio, hasta el punto de que no existía cosa alguna que no pudiera fácilmente explicársela; y le manifestó, además, que no quería seguir labrando por ser ése un trabajo demasiado sencillo para él. El muchacho se quedó mirándole estupefacto y boquiabierto, en tanto que el joven, sin más preámbulos, lo dejó todo abandonado y tomó al instante el camino de su casa. Una vez en ella, se engalanó con su mejor traje y marchó en seguida a la capital para conseguir la fortuna que se figuró le daría la gran inteligencia de que se creía dotado. Ya en el camino pensó tomar el oficio de relojero, y, como antes de decidirse, tendría que pasar por ser un aprendiz insignificante, no quiso serlo de una relojería cualquiera y de poca monta, y procuró, cuando puso los pies en la capital, enterarse dónde vivía el relojero del Rey, para que le admitiese a practicar su oficio.

«No; no puedo admitiros — dijo el relojero apenas vió al joven —, porque unas manos tan bastas como las vuestras

no sirven para un trabajo tan fino y delicado, y, además, paréceme a mí que debéis de ser muy glotón, a juzgar por lo coloradote y rechoncho que estáis.» El joven, no obstante, le habló de tal manera, que llegó a convencer al relojero, quien accedió por último, si bien con la obligación de que había de pagarle cien pesetas mensuales por el aprendizaje.

«Está bien. Pero impongo la obligación, por mi parte, de que me señale una habitación para mí solo, donde pueda trabajar a solas y a mis anchas.»

«No — replicó el relojero —; eso no puede ser. Podéis, si queréis, trabajar en el taller juntamente con los demás oficiales y aprendices.»

Accedió el joven; y el primer trabajo que hizo fué el de limpiar el disco del reloj de un campanario, ya que parecía al maestro que era esa, y no otra, la ocupación más adecuada que podía ofrecer a aquellas callosas y toscas manos. El aprendiz ejecutó no sólo ese trabajo, sino también todo el que el maestro le confió después, a gusto y satisfacción del mismo.

Sucedió que un día mandó el Rey por el relojero para que, construyendo un reloj que diera vueltas, parase precisamente en el sitio donde el Rey tuviera a bien colocarse, y diera, además, la hora. Le hizo el Rey el encargo con la condición de que si no lo construía en un tiempo prefijado perdería su destino. De nada sirvió al relojero la excusa de que no le era posible construir el reloj en tales condiciones. El Rey, terco en su capricho, le manifestó que no admitía réplica, y que necesitaba, en absoluto, aquel aparato de relojería.

El relojero llegó a su casa y preguntó a sus empleados cómo podría construirse un reloj tan original. Ninguno de ellos acertó a darle una explicación satisfactoria, pues que jamás habían oído pudiera hacerse reloj tan extravagante como el que el Rey solicitaba.

El nuevo aprendiz, a pesar de no habersele pedido opinión, manifestó a su maestro que él se comprometía a construir ese reloj.

No le hicieron caso y se burlaron de sus petulantes ofrecimientos.

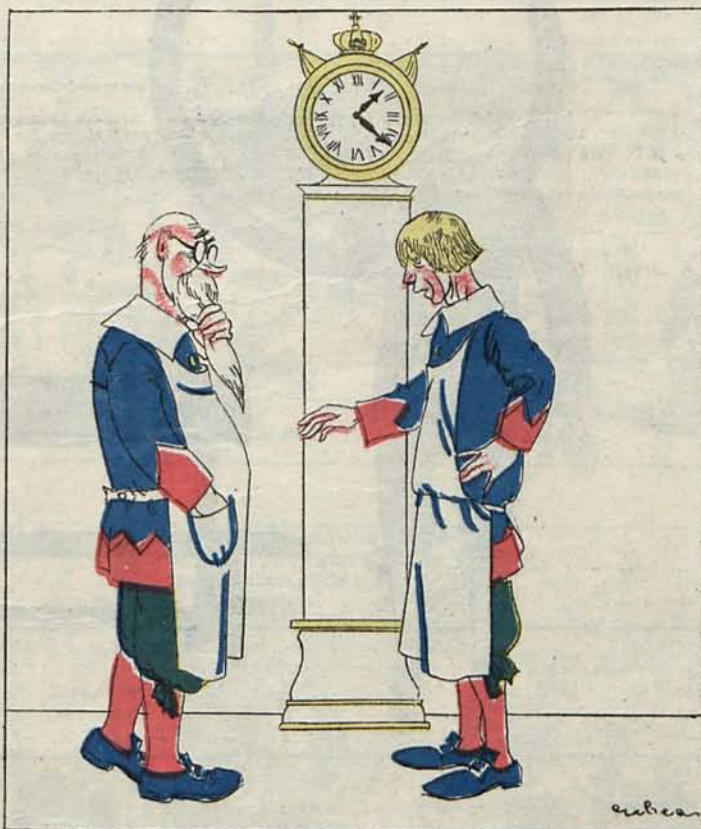
Al día siguiente, al quejarse nuevamente el maestro de su mala estrella por causa del reloj de sus pecados y vigiliass, dijo por segunda vez el aprendiz que él se creía capacitado para construirlo. Pero sólo consiguió, por parte de todos, la burla y el desprecio.

Días después, al llevarle el maestro el trabajo que había de ejecutar, le encontró tan triste y apocado, que, preguntándole la causa de su mal humor, contestó que obedecía, sencillamente, a no dejarle construir el reloj que el Rey deseaba.

El maestro, ante tanta insistencia, le permitió diera comienzo a su trabajo, y designó sitio adecuado para que lo realizara cómodamente.

Pasados unos días, el maestro fué a la habitación del aprendiz, y observó que el reloj estaba ya modelado y dispuestos también los materiales para su construcción. Lo examinó todo detenidamente, para lo que se caló previamente las gafas. Miró a las paredes, al techo, al suelo, a todas partes, sin que viera otra cosa que figuras raras y extrañas, y acabó por irse refunfuñando porque nada había visto que le satisficiera.

Un mes después fué nuevamente a visitar el taller de su aprendiz, y éste le dijo: «Verá usted, ya está todo hecho; falta sólo unir las piezas para que funcione el reloj.» Al maestro le pareció todo aquello una ilusión de su aprendiz. Mas no queriendo adelantar opinión alguna, se limitó sólo a mover la cabeza en señal de duda, y se marchó. Transcurridos que fueron unos cuantos días, volvió al taller, y saliéndole el aprendiz al encuentro, le dijo: «Venga usted a ver el reloj, porque ya está todo dispuesto y unidas las piezas para la marcha, y deseo que practiquemos la primera prueba.» Colocó en la mesa el reloj y, haciéndole funcionar, vieron que daba vueltas, deteniéndose luego, con precisión, en el sitio en que esta



ba sentado el maestro. Púsose contentísimo el relojero del Rey, y continuaron por mucho tiempo las pruebas, a satisfacción de todos los oficiales.

El día prefijado, fué el relojero del Rey a Palacio con el reloj, acompañado del aprendiz.

A presencia de toda la corte, se hicieron las pruebas del reloj con todo éxito y a satisfacción completa del Monarca, quien, tan contento como asombrado, manifestó al relojero que no comprendía su miedo, puesto que era tan apto y capaz para realizar obra tan maravillosa y perfecta.

Contó entonces el maestro la verdad al Monarca, diciéndole que no era él precisamente el autor de la maravilla, sino el aprendiz allí presente.

Y cuando oyó esto el Rey contestó que no era justo entonces continuara de mero aprendiz el que había sabido hacer tan hermosas cosas en aquella industria, y que debía elevarse a la categoría de oficial bien pagado y distinguido.

No sentaron muy bien al relojero las palabras del Rey, porque quedaban dos años de aprendizaje al constructor del reloj, y porque no estaba seguro de poder satisfacer el sueldo, siempre oneroso, de un oficial. Y como lo manifestara así al Monarca, compadecióse del maestro y le dió cien duros para que consintiera en hacer oficial al aprendiz.

Sucedió que el Rey, por tener una hija que no podía nadie hacerla hablar, había prometido que a quien la sacare de su mutismo se la daría por esposa y le cedería el reino, pero con la condición de que el que intentara hacerlo sin éxito sufriría la pena capital.

Dió lugar esta circunstancia a que acudiesen muchos jóvenes de todas partes del reino para conseguir la ganga, y entre ellos se halló también el aprendiz, deseoso de alcanzar aqué-

lla. Fueron desfilando, unos tras otros, ante la princesa, infinidad de pretendientes que, no consiguiendo ninguno hacerla hablar, se les condenó al patíbulo, colocado precisamente en el patio de Palacio.

Tocó su turno al aprendiz, y al penetrar en el gabinete de la princesa, sin hacer gran aprecio de ella, dirigióse directamente a un gran espejo que pendía de la pared, y principió a decir: «Buenas tardes, espejito. Voy a contarte un cuentecito. Atiende: Iban viajando una vez tres hombres: Bueno; cónstete que se trata sólo de un cuento; ¿sabes? Uno era escultor, sastre el otro, y maestro de escuela el tercero.

»Era preciso que velasen, por turno, para conservar el fuego, en tanto que los otros dos dormían.

»Veló en primer término el escultor, y, para pasar el tiempo, de un pedazo tosco de madera, labró una escultura de niño chiquitito. Entró después en turno el sastre, y confeccionó ropa completa para el niño. Y, por fin, tocó velar al maestro de escuela, quien enseñó a hablar, a leer y contar al chiquitín. Esto supuesto, da tu opinión,

espejito, sobre a quién de los tres pertenecía el muñeco». «Pertenece al escultor, porque él fué quien primero le construyó», se oyó decir desde el otro lado de la habitación, donde estaba sentada la princesa.

Saludó con una reverencia el aprendiz al espejo, y dijo: «Bien, espejito. Te doy las gracias por haberme instruido de tan buena manera».

Y sin hacer caso alguno de la princesita, salió inmediatamente de la habitación de la misma.

Los testigos, allí presentes con el solo objeto de dar fe de si la princesa hablaba o no, dijeron que no la habían oído pronunciar palabra, por lo que fué llevado el pobre aprendiz al patio para que sufriese, como los demás osados, la pena capital. Pero cuando llegó a conocimiento del Rey que se intentaba ajusticiar al constructor del reloj maravilloso, dió orden al punto de que le librasen de la muerte.

Siguieron al aprendiz, sin éxito, muchos jóvenes en aquella em-

presa, y perdieron todos la vida en su intento. La princesa continuaba en su silencio eterno.

En otra ocasión se arriesgó de nuevo el aprendiz a penetrar en la sala de la princesa, y contó nuevamente al espejo el cuento consabido.

Hizo las mismas preguntas y recibió la contestación ya conocida, procedente del mismo sitio.

Cuando salió y preguntó a los testigos si habían oído hablar a la princesa, negaron éstos haber oído nada, y condujeron al pobre aprendiz, por su mala estrella, al funesto aparato, para ahorcarlo.

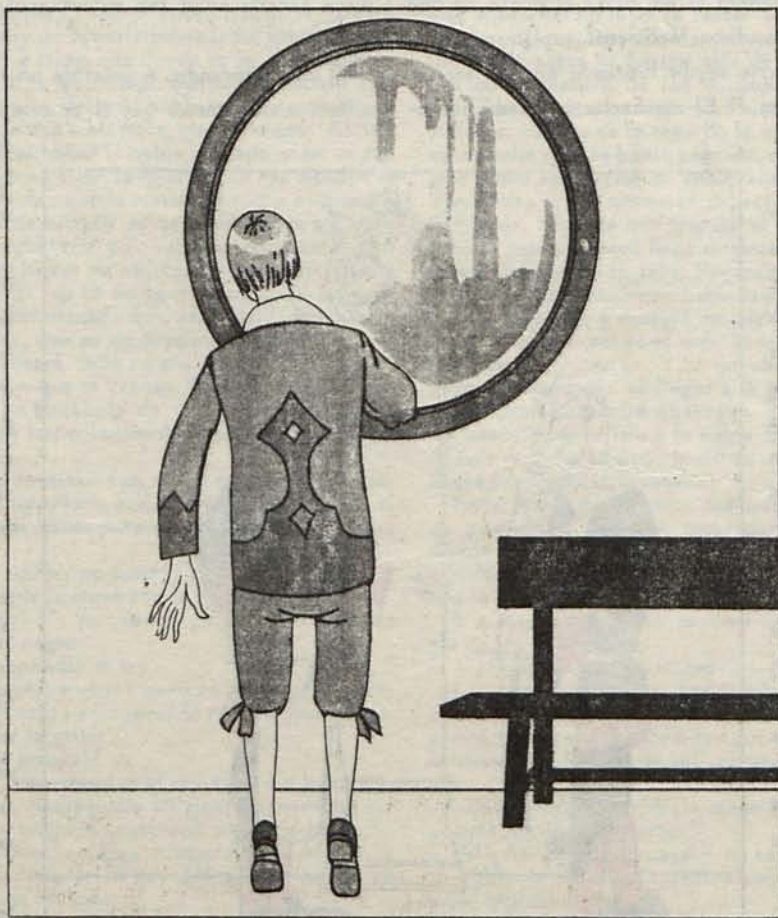
La Suerte y la Inteligencia pasaron precisamente en aquel momento por allí, «¿Ves?», dijo la Suerte: «¿para qué sirve la inteligencia sin mi ayuda? Mira por dónde viene a demostrarse, ante el espectáculo

que estamos presenciando, que la suerte es siempre mucho mejor y más útil que la inteligencia?» «¿Sí?», contestó ésta. «Pues ve tú sola en auxilio del pobre aprendiz y sálvale».

Hízolo así la Suerte, y en el preciso instante en que llegaba al sitio donde estaba el condenado, llegó corriendo la princesa y ordenó a gritos suspendieran la ejecución, ya que aquel, solamente aquel mísero aprendiz, la había hecho hablar.

Así se libró el joven de una muerte segura. De allí a poco, contrajo matrimonio con la princesa, y obtuvo el reino que se le había ofrecido.

Fué feliz y poderoso en sus estados, ayudado de la suerte y auxiliado, además, por su talento.



FIN

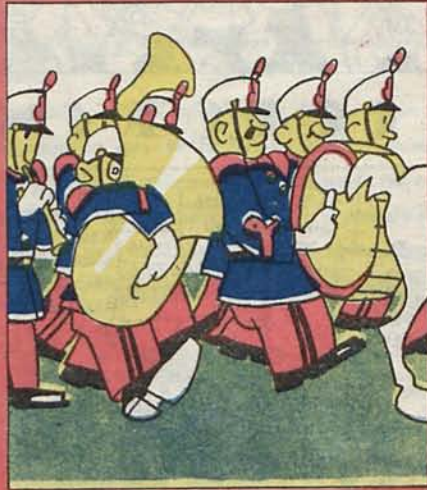


COLORÍN Y SU PANDILLA





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





Paco Morronguis, el gato travieso



YA LLEGAN LAS PASCUAS.
¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS
NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS
Y DIVERTIDÍSIMAS
AVENTURAS DE PINOCHO?
APRESURAOS A HACER FELICES
A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS
LO AGRADECERÁN.



PROGRAMA
PARA HOY

EL DRAGON
DEL
MAR

¡sensacional!

GRAN CINE



El misterio de Sargooná.

El destróyer *Huracán* navegaba rápidamente por los mares al Sur del Pacífico; el oficial Colin Wood, su capitán, iba en el puente con el teniente Mc Todd, que era el segundo de a bordo. En el momento que los encontramos el capitán le entregaba el mando.

—Navegaremos hacia el Sur, hasta llegar a tres millas de la isla de Sargooná —dijo el capitán—, y permaneceremos por aquellos alrededores hasta que recibamos instrucciones del almirante de la flota.

—Está bien, mi capitán.

Este bajó del puente para ir a sus habitaciones.

Una hora más tarde interrumpía sus ocupaciones el contramaestre, para decirle de parte del teniente Mc Todd que desearía le diese instrucciones más concretas acerca del rumbo que debía seguir el barco.

El capitán había dado unas órdenes tan claras y terminantes, que se extrañó de que Mc Todd no las hubiese comprendido, y fué a reunirse con él en el puente.

—¡Cielos, Mc Todd! ¿Adónde lleva usted el buque? —interrogó Colin, examinando la dirección que llevaba—. La orden que yo le di a usted fué de tomar rumbo a Sargooná y esa ruta llevaba al dejar yo el puente.

—Yo me he atenido a la ruta según indican las cartas, capitán, y, según todos los cálculos, estaremos pronto a la vista de Sargooná.

—¡Pero eso que tenemos delante no es Sargooná! —objetó Colin señalando al frente—. La isla de Sargooná es un lugar desierto, completamente deshabitado, y esto que se ve no corresponde a la descripción.

Efectivamente, la isla a la cual se aproximaban no se parecía en nada a la que Colin acababa de describir, pues por encima de las palmeras, que crecían un poco más allá de la playa, veíanse relucir torres y minaretes pintados de blanco y oro, y a través de los árboles destacaban su blancura muchos edificios.

Wood examinó las cartas y todos los aparatos en los que había que confiar durante la navegación. El examen dió por resultado que el *Huracán* no se había desviado absolutamente nada de su ruta, y que la isla que tenían delante no era otra que la propia Sargooná, a la que se encaminaban.

—¿No estaremos soñando, Mc Todd? Esta isla no es la de siempre.

—Habrá que rectificar las cartas —dijo Mc Todd.

—Para eso lo mejor es que desembarquemos.

El *Huracán* continuó la ruta hasta detenerse en una pequeña bahía situada al oeste de la isla.

Allí Wood quedó maravillado al ver que habían construido un muelle que, aunque no de suficiente calado para el *Huracán*, hubiera servido como punto de desembarque para otro buque más chico. Echaron un bote al agua, el cual ocuparon el capitán y media docena de marineros.

El bote llegó hasta la orilla de la playa y Colin saltó a tierra; al hacerlo, salió de entre los árboles un negro gigantesco, que llevaba por todo vestido unos pantalones bombachos blancos.

—¡Albricias! —exclamó Colin en tono amistoso—. He desembarcado aquí para enterarme del cambio que se ha operado en esta isla. ¿Se me permitirá ver al jefe?

El negro asintió con la cabeza y se marchó corriendo, con intención indudablemente de ir a buscar al jefe.

Aguardaron poco más de un minuto, y apareció en la playa un hombre alto y grueso vestido con pantalones de franela blanca, zapatos blancos, camisa con cuello abierto y sombrero de paja de alas anchas; en un extremo de la boca llevaba un enorme cigarro puro, al que daba chupadas ávidamente.

—¿Es usted el joven que ha preguntado por mí?

—Sí, señor —respondió Colin—. ¿Es usted el jefe de la isla?

—¡Naturalmente! La isla me pertenece por unos cuantos años. ¿Y qué desea usted?

—Pues que, a decir verdad, me he quedado desconcertado al ver esta isla. En las cartas geográficas figura como una isla deshabitada; pero desde hace unos meses que pasé por aquí ha surgido en ella una ciudad. Eso me parece demasiado rápido, aun tratándose de norteamericanos.

—Que no lo cree usted, ¿eh? —dijo el otro sonriendo—. A dondequiera que va Hiram K. Hooker, siempre produce algo extraordinario. ¿No he edificado la Torre de Londres en diez días?

En la mente de Colin comenzó a hacerse la luz.

—¿Tendría usted inconveniente en que yo diera un vistazo a la ciudad?

—Ninguno. ¡Venga usted y sea muy bien venido!

Cuando el capitán fué conducido por Hooker a la ciudad, vió la explicación del misterio; todo aquel pueblo estaba hecho con telones y madera y había sido construido con objeto de hacer algunas películas orientales.

—Es buena idea, ¿eh? —dijo Hooker—. Aquí tenemos abundancia de sol, y nadie se mete con nosotros; además, el hacer las películas en este lugar tan solitario tiene la ventaja de que no corremos el riesgo de que nuestras ideas sean copiadas.

—Verdaderamente que aquí están ustedes completamente fuera del contacto del mundo.

—Pero no crea usted que lo estamos demasiado. Tengo instalada una estación de telegrafía sin hilos en la isla, y cada quince días llega aquí un barco de mi propiedad llamado *Flicker* a traernos provisiones, correo y todo lo necesario. Y ahora, capitán, voy a presentarle a mi compañía de actores.

—Siento mucho no poder detenerme —respondió Wood—. Estoy esperando órdenes para reunirme a la flota en un momento determinado. He tenido mucho gusto en haberle conocido, y deseo que su negocio de películas sea un verdadero éxito.

Hiram K. Hooker extendió su manaza para estrechar la de Colin, pero interrumpió la despedida un muchacho que venía corriendo por detrás de unos edificios de madera construidos entre los árboles y que entregó un telegrama a Hooker.

—Este mensaje acaban de transmitirle por telegrafía sin hilos.

Hiram Hooker leyó el telegrama y después miró para Colin.

—El *Flicker*, que debía llegar aquí esta noche, ha tenido una avería en la proa y viene renqueando —dijo en su tono familiar—. Además, parece como si el capitán no tuviera seguridad de poder hacer la travesía.

—¿Me permite usted ver el telegrama? —preguntó Colin.

El capitán tomó nota detalladamente de los grados de longitud y latitud

en que se hallaba el barco averiado en el momento de transmitir el telegrama, y pensó:

—Parte de los deberes de un buque es el ayudar a los que se encuentren en caso de necesidad.

Colin comprendió que se había presentado este caso, y sin más dilación se dirigió al *Huracán*, que no tardó mucho en estar navegando con rumbo al *Flicker*, al que dió vista cuando anochecía.

Afortunadamente, el tiempo estaba en calma, y al amanecer entraba el *Flicker*, custodiado por el *Huracán*, en su propio muelle.

Colin Wood desembarcó también, porque tenía que dar cuenta al almirante de este incidente, y para ello necesitaba pormenores del capitán del *Flicker*.

Pero Wood apenas tuvo tiempo de atender a este asunto, porque no bien hubo desembarcado vino hacia él Hiram K. Hooker enfurecido y sin aliento.

—Escuche usted, señor inglés: acaba de ocurrirnos una escena que no formaba parte de ninguna película, y que es digna de filmar; ¡nos han robado cuatro figuras de la compañía: los dos principales actores y las dos principales actrices! ¡Y eso tiene que haber sido durante la noche!

—¿Pero cómo, Mr. Hooker? ¿Dice usted que los han robado? ¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo yo? El hecho es que han desaparecido



las cuatro principales figuras de la compañía, precisamente cuando hacían más falta para las escenas más culminantes.

—Nos sería de gran utilidad, Mr. Hooker —dijo Colin—, averiguar antes que nada los fines de este secuestro.

Mientras Colin hacía esta observación, apareció por detrás de uno de los altos riscos en que abundaba la costa la figura de un hombre; era un chino, vestido con el mayor esplendor oriental y con los brazos cruzados sobre el pecho.

El chino se dirigió hacia Colin y Hooker y los dos marineros del *Huracán* que acompañaban al capitán, y les dijo:

—Yo, Chu Chong el pirata, *El Dragón de los Mares*, voy a explicarles esto que ustedes no se explican. Las personas por quienes ustedes preguntan están en poder de la gente de mi banda, hasta que yo, Chu Chong, haya llevado la cantidad de cincuenta mil dólares.

—¿Es usted un hombre muy osado, Chong! —dijo Wood—. ¿No ve que podemos apoderarnos de usted?

—Es verdad —contestó Chong con mansedumbre y en voz baja—, pueden ustedes apoderarse de mí y de mi embarcación, que está ahí abajo, entre las rocas; pero si ustedes hacen esto, ¿cómo van a rescatar a los cuatro blancos que están en poder de mi gente?

—¡Oye, perro amarillo! —rugió Hooker—. Te aseguro que el buque de este inglés registrará los mares hasta encontrar a mis cuatro actores.

—Si; podrán encontrarlos —convino Chu Chong—, pero ¿en qué estado? Mis hombres han recibido órdenes, y si yo no vuelvo en cierto tiempo ya señalado de antemano, harán tales cosas con esas personas, que las dejarán inútiles para volver a representar películas.

—¡Demonio! ¡Esto es muy grave! —exclamó Hooker dirigiéndose a Colin—. Este hombre nos tiene cogidos por todas partes, y no vamos a poder salvar a los artistas sin pagar el rescate.

Hiram K. Hooker se retorció los dedos impacientemente. ¿Qué hacer? —se preguntó.

—Creo que no hay más remedio que pagar el rescate —dijo Colin haciendo una seña a Hooker.

—Pues bien, lo pagaré —dijo Hiram—. Ahora, ven conmigo a mi oficina, Chong, y te daré el dinero que pides.

Hooker los condujo otra vez por entre los árboles; Chong iba andando al lado del capitán, sin temor ninguno por su seguridad.

Cuando hubieron recorrido unos veinte metros, Colin se volvió de repente al chino y con un movimiento rápido del brazo lo derribó.

—¡Sentaos encima de él, hasta que tenga la boca lo suficientemente pegada al suelo, para que no pueda gritar! —les dijo a los dos marineros.

—¡Por los clavos de Cristo, capitán! ¡Sois atrevido! —gritó Hooker—. ¿Qué hacemos ahora?

Wood le impuso silencio con un movimiento de mano.

—Yo me encargaré de este asunto por ahora, Mr. Hooker. Usted vaya a buscar al mejor de los peluqueros de la compañía y dígame usted que traiga todo lo necesario para caracterizarme de chino, porque durante unas horas, pase lo que pase, yo voy a ser Chu Chong el pirata.

La cueva de los bandidos.

Por espacio de diez minutos se operó un notable cambio en el aspecto de Colin Wood. Estaba ahora vestido con el traje de Chu Chong; llevaba una larga coleta, y tenía la cara tan hábilmente caracterizada, que, aun mirándole muy de cerca, presentaba un notable parecido con el pirata chino.

Hecho esto, le dijo a Bob Luck, que era uno de los que le acompañaban:

—Tú acechas entre los árboles, Bob; en cuanto yo llegue a la embarcación, procuraré enterarme de la ruta que vamos a seguir para llegar a donde están los prisioneros, y en cuanto hayamos salido fuera te haré una señal. En seguida vuelves al *Huracán*, y dices al teniente Mc Todd que siga la ruta que yo te haya indicado a ti, pero que de ninguna manera vaya tan cerca que vean el barco los hombres que van en el bote.

Bob Luck hizo comprender a su capitán que había entendido la orden, y Colin dirigióse con paso majestuoso por el césped, hasta las rocas de la orilla. Dando la vuelta por detrás de un montón de riscos, llegó hasta la pequeña embarcación. Dentro de ella se encontraban cinco hombres, y uno de los extremos del bote estaba completamente separado del resto, indicando que era el sitio reservado para Chu Chong.

Colin Wood saltó al bote y fué directamente a ocupar el sitio vacío; luego hizo una seña al chino que indudablemente tenía el bote a su cargo; éste preguntó en chino, naturalmente, idioma que Wood conocía:

—¿Volvemos a Colona, Chong?

Wood no esperaba tener tanta suerte de enterarse a las primeras de cambio del rumbo que llevaban; suponía que tendría que recurrir

a unas cuantas estratagemas para hacer mencionar al chinito el nombre de su destino; así es que sintió una gran satisfacción al enterarse con tanta facilidad de ello.

Wood asintió con la cabeza, y luego dijo en chino que tenían que hacer la jornada con la mayor rapidez.

El chino refunfuñó no sé qué cosas por lo bajo y volvió a su sitio, dejando a Colin solo, en su asiento de popa.

La embarcación empezó a alejarse de las rocas y salir mar adentro. Cuando dieron vista a las palmeras de la isla, Colin hizo un movimiento con la mano como al descuido. Nada indicaba en aquel movimiento que estuviera diciéndole a Bob el punto de destino de la embarcación. Esta se deslizaba sobre las aguas con pasmosa rapidez, y tres horas más tarde daban vista a una costa rocosa.

Pasó otra hora todavía antes de que la embarcación atracase a un arrecife que hacía las veces de muelle natural.

Wood no se apresuraba a desembarcar, esperando que los otros indicasen el camino hasta donde estaba reunido el resto de la banda. Después de esto, pensaba matar el tiempo lo mejor que pudiese hasta la llegada del *Huracán*.

La primera parte de su estratagema tuvo éxito, porque, siguiendo la costumbre usual, dos de la tripulación precedieron a su jefe por el arrecife hasta la orilla y, después de llegar a la playa, entraron en una cueva que había en el acantilado.

Esta cueva era un túnel que conducía a un espacio abierto, circundado por altas paredes de roca. En este terreno desigual estaban congregados diez chinos, y en un extremo del recinto aquel se encontraban los blancos secuestrados. Los cuatro estaban de pie junto a la pared, con los brazos y los pies atados fuertemente.

Colin fué andando con cierta majestad por aquel recinto. Como jefe de la tripulación pirata que era, supuso que nadie le pediría explicaciones, y su principal cuidado fué evitar sospechas hasta que el *Huracán*, que les venía persiguiendo bastante lejos para no ser visto, tuviese tiempo para llegar a la cueva.

—Esto —pensó— podría durar más de media hora todavía, y no quería que los prisioneros estuviesen atados todo ese tiempo.

En voz baja, que era como había hablado Chu Chong, ordenó a uno de los piratas que pusiera en libertad a los prisioneros, orden que fué cumplida inmediatamente.

De haberle sido posible, Colin hubiera calmado la ansiedad de los prisioneros explicándoles que pronto vendrían a salvarlos; pero a pesar de ser ellos actores de primera fila, temió que no representasen bien el papel de víctimas, y entretuvo el tiempo sacando del bolsillo una gran cantidad de billetes de banco que Hooker le había dado para el desempeño de su papel, contando el dinero delante de todos.

Dejaronlo en paz lo menos durante veinte minutos, y luego, el que capitaneaba la embarcación, que debía de ser el hombre de confianza de Chu Chong, vino hacia él.

—Por lo que veo, te han pagado —dijo—; pero ese dinero parece muy poco, Chong.

Colin se encogió de hombros y empezó a esconder el dinero entre los pliegues del vestido. Mas, al hacerlo, los ojos del capitán chino se clavaron

en la muñeca de Colin.

—¿Desde cuándo acá tiene Chong el Pirata una cicatriz en la muñeca? —preguntó, al mismo tiempo que daba un tirón de la coleta postiza y le arrancaba la peluca—. ¡Un espía! ¡Un espía! —gritó.

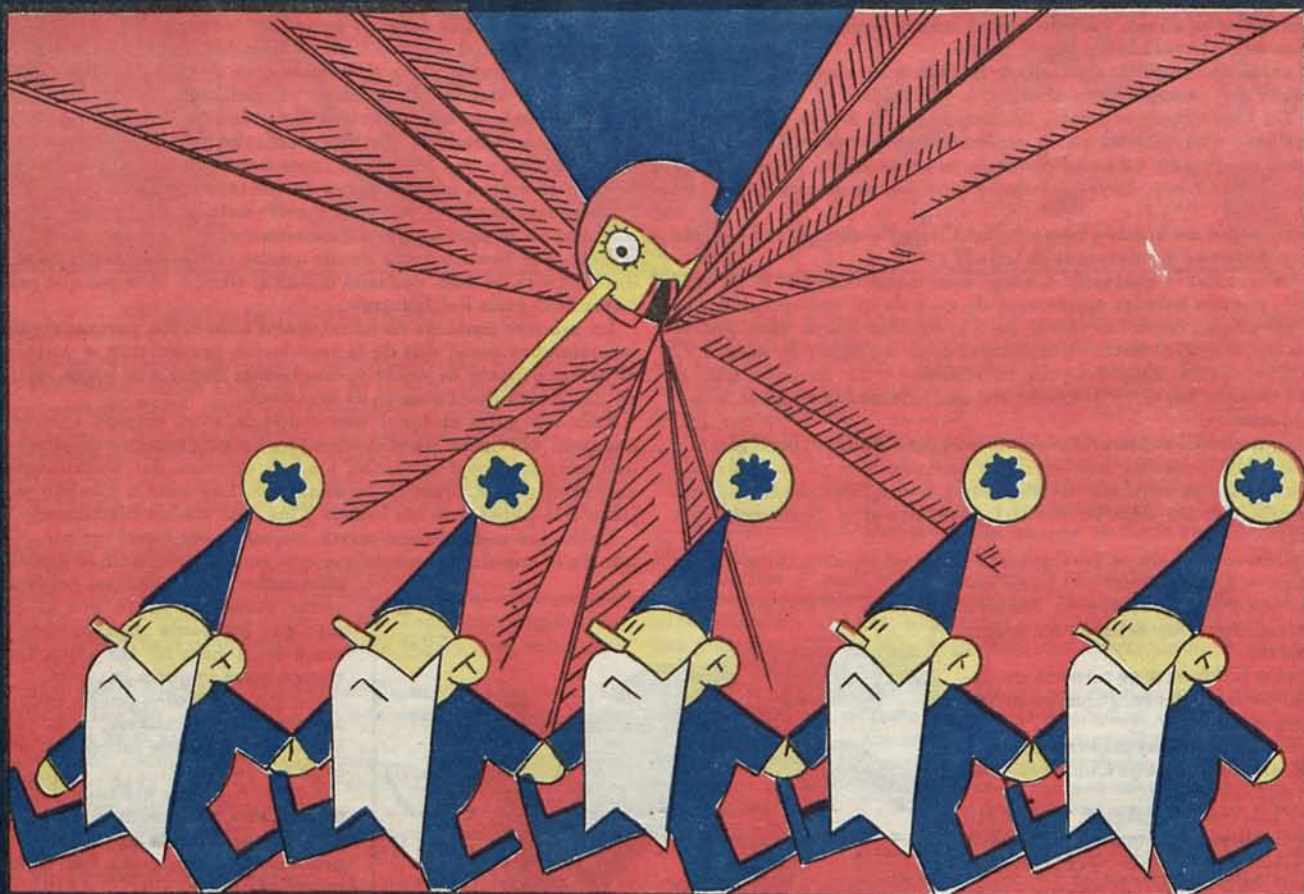
—¡Nos han engañado, camaradas! ¡Ningún blanco de los que están aquí, hombre o mujer, saldrá jamás!

Seis hombres se echaron sobre Wood. ¡Pim! ¡Pam! Del primer puñetazo del capitán, dos rodaron por el suelo; a otro lo levantó por las piernas y lo tiró patas arriba. Colin peleó como una fiera, hostigado por el conocimiento de que su intencional fracaso solamente por unos minutos. ¡Y cuánto significaban esos minutos!

Los hombres del *Huracán* llegarían, es cierto, y capturarían a los piratas; pero llegarían demasiado tarde para salvar a los blancos. Mientras estos pensamientos torturaban la imaginación de Colin, que daba golpes ciegamente a derecha e izquierda, sonó como un rugido, y en la arena aparecieron veinte marineros británicos con un joven guardia marina a la cabeza. Esto hizo cambiar las cosas de aspecto, y mientras Wood se dejaba caer extenuado y sin aliento al suelo, vió, como a través de una niebla, la completa derrota de la tripulación de piratas del *Dragón de los Mares*.



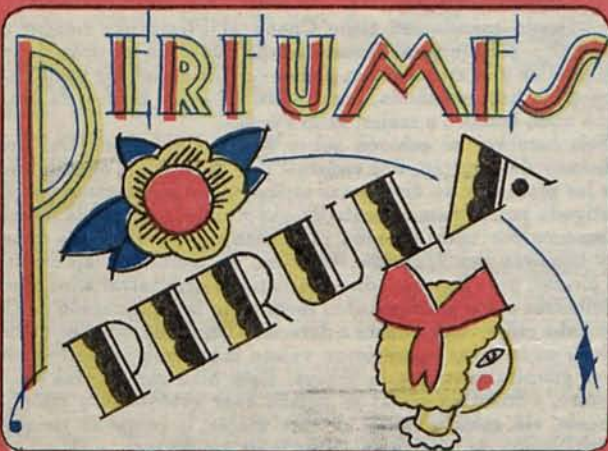
TELON DE BOCA



¡PINOCHISTAS! Para que podáis montar este teatro y representar las funciones, que para él os damos, ved las explicaciones publicadas en el núm. 41, página 17.

TELON DE ANUNCIO

PINOCHO GRAN REVISTA
SALE LOS DOMINGOS EN ESPAÑA Y AMERICA



EL TEATRO DE PINOCHO

(Continuación.)

M.-SOL. Eres tonto. ¡No quiero muñecas ni caballos! ¡Ya no soy una niña, para que lo sepas! ¿Dónde ha ido mi padre? ¡Dímelo!

MAGEN. ¡Qué empeño! Pues ha ido al cine de ahí enfrente... Volverá en seguida.
(Se oye nuevamente el vendaval y cruza el espacio, como antes, una casa donde se lee CINÉ.)

M.-SOL. ¡Otra vez el viento! ¡Oh! ¡El cine por los aires! ¡Y mi padre dentro!

MAGEN. ¡No, no, no! Ahora que recuerdo..., ha ido al puerto a inaugurar el nuevo acorazado...
(Cruza los aires un acorazado.)

M.-SOL. ¡El nuevo acorazado volando, y mi padre en él!

MAGEN. No, no... ¡Qué torpe soy! ¿Pues no había dicho que iba a inaugurar el nuevo acorazado, que ya no es un acorazado, sino un zeppelin?

M.-SOL. ¿Pues dónde está, entonces?

MAGEN. Ha ido a visitar el cuartel de caballería...
(Pasa volando un cuartel de caballería.)

M.-SOL. ¡El cuartel! ¿Y mi padre? ¡Dímelo ahora mismo! ¡Yo no quiero que corra peligro ninguno! *(El viento aumenta y la princesa tiene que hablar a voces para hacerse oír.)* ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¿Dónde está?

MAGEN. *(A voces.)* No sé, no sé. Con el aire no se oye.

M.-SOL. Bueno; pues no lo digas. Yo buscaré a mi papá y me estaré a su lado si corre algún riesgo. Ahí te quedas, o si no, te vienes conmigo. Yo sabré encontrarle, porque me lleva el corazón. *(Vase.)*

MAGEN. *(Detrás de ella y muy resignado.)* ¡Qué se le va a hacer! ¡Una cabeza menos!

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un campo, pero la ocupa casi toda un pie colosal, que pertenece al gigante Tragabuches. Junto al pie hacen guardia dos centinelas.

ESCENA PRIMERA

CENTINELA 1.º Y CENTINELA 2.º

CENTINELA 1.º No hace mala tarde.

CENTINELA 2.º Ahora, no. Si al tío animal de arriba no le da por estornudar como antes...

CEN. 1.º ¡Calla, no vaya a oírte!

CEN. 2.º ¡Qué va a oír! ¿Oyes tú hablar a las hormigas? Pues es lo mismo. No sé cómo se va a entender con el rey, si es que el rey se decide a venir a hablarle.

CEN. 1.º ¡Claro que viene! Ya se lo has oído al capitán. ¡Como el gigante no quiere entenderse con nadie más que con el rey!...

CEN. 2.º ¿Qué le irá a decir?

CEN. 1.º ¡Vaya usted a saber! A lo mejor, una tontería. Para un gigante así no debe tener importancia hablar con un rey del tamaño de un guisante.

CEN. 2.º No creas; a lo mejor, resulta que es un gran señor o un embajador de su país.

CEN. 1.º ¿Dónde has visto tú que un embajador se presente destruyendo los pueblos del reino donde va a presentarse? Los embajadores se presentan con mucha cortesía en una carroza. Un tío que viene así, andando, sin criados, ni cortejo, y cometiendo las mayores incorrecciones, ¿cómo va a ser un gran señor?

CEN. 2.º Tú dirás lo que quieras, pero un señor que tiene un pie de este tamaño, no te quepa duda de que tiene que ser un gran señor. Un señor de una vez.

CEN. 1.º Ya hace rato que no se mueve.

CEN. 2.º De cuando en cuando, manotea para espantarse las águilas, como quien se espanta las moscas.

CEN. 1.º Oye, ¿tú sabes para qué nos han puesto aquí de centinelas?

CEN. 2.º No sé. Será para que no se escape, digo yo.

CEN. 1.º ¿Y si a él le da la gana de irse?

CEN. 2.º Le tendremos que sujetar.
(Se oye un ruido terrible, y los centinelas bailan en el aire y vuelven a caer en el mismo sitio.)

CEN. 1.º ¿Qué ha sido?

CEN. 2.º Un suspiro, no te preocupes. Será que se acuerda de su país.
(Se oye dentro una música.)

CEN. 1.º Debe de ser el rey, que viene a hablar con el gigante.

CEN. 2.º Lo traen en lo alto de una escalera.

CEN. 1.º Será para que le diga el recado al oído al gigante.
(Aparece el rey subido en lo alto de una escalera que han puesto sobre una plataforma con ruedas. Detrás, andando, los ministros y Leocadio.)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y EL CORTEJO REAL

EL REY. ¿Os parece buen sitio éste?

EL PRIMER MINISTRO. Sí. Aquí es mejor, y vuestra Majestad podrá hablar relativamente cerca.

EL REY. Habrá que avisar al gigante que estamos aquí.

LEOCA. Ya está previsto, señor. Dispararemos un cañonazo.

EL REY. ¿Oírás el estampido?

LEOCA. Por lo menos, le molestará en el oído la explosión de una granada como el zumbido de un mosquito.

EL REY. Pero ¿es que le vais a disparar a la cabeza?

LEOCA. Sí; pero como si le tiráramos un corcho de botella.

P.MINIS. ¿Vamos ya?

LEOCA. ¿Ya, majestad?

EL REY. Bueno.
(Se oye el estrépito de un cañonazo.)

LA VOZ DEL GIGANTE. *(El pequeño actor encargado del papel del gigante deberá hablar a voces y valiéndose de un PINOCHO enrollado para que haga el efecto de un vozarrón imponente.)* ¿Qué diablos pasa?

LEOCA. *(Al Rey.)* Habladle, señor.

EL REY. ¿Yo? *(Subiendo la voz para hablar con el gigante.)* ¡Buenas tardes!

V. GTE. Buenas. ¿Tú quién eres?

EL REY. Soy..., soy el Rey.

V. GTE. ¡Ah! ¿Eres el Rey? ¡Mira qué mono! ¡Tan pequeño y ya Rey!

P.MINIS. No hagáis caso, señor. Está muy mal educadote el pobre.

V. GTE. Bueno, ¿y qué pasa?

EL REY. *(En voz baja.)* ¿Qué le digo!

LEOCA. Pues... lo que ocurre.

V. GTE. ¿Que qué pasa, estoy diciendo!

EL REY. *(A voces.)* Pues pasa... Pasa que hace tres días que se ha colocado «usted» en mis reinos y que muchas ciudades y muchos hombres han sido víctimas de sus excesos. Deseo saber lo que se le ha perdido por aquí, y si no sería más agradable marcharse a otro sitio, donde los hombres, las casas, los animales y los árboles estén proporcionados a su tamaño...

V. GTE. ¿Nada más?

EL REY. Nada más.

V. GTE. Bueno; pues he venido aquí por una cosa que vengo buscando, y no me marcharé hasta que me la des.

EL REY. Si te la doy, ¿te marcharás?

V. GTE. Sí. Me marcharé en seguida.

EL REY. ¿Qué quieres? ¿Quieres mis tesoros?

V. GTE. ¿Para qué? Tus piedras preciosas serán como arena en mis manos. No, no quiero tus tesoros.

EL REY. ¿Quieres la mitad de mi reino?

V. GTE. ¿Para qué voy a querer la mitad de tu reino, si no quepo en ella tumbado y no podría plantar en su tierra más que una col de mi país?

EL REY. ¿Quieres una gran cruz?

V. GTE. Tendría que ser tan grande como las aspas de un molino de los vuestros.

EL REY. ¿Quieres una banda?

V. GTE. ¿Para qué, si no la voy a oír?

EL REY. Entonces, ¿qué quieres por dejarnos en paz de una vez?

V. GTE. Quiero tu hija.

EL REY. Mi... ¿Mi hija?

V. GTE. Sí, la princesa Mary-Sol.

EL REY. ¡Hombre, tiene gracia! ¿Tú qué te has creído que es una princesa de sangre real para que se marche con el primero que pase?

V. GTE. ¡Ah! ¿No?

EL REY. ¡Claro que no! ¡Pues estaría bueno!

V. GTE. Bueno, lo que quieras. Aunque te advierto que yo soy hijo del Rey de los gigantes de Brodignac...

EL REY. ¡Haberlo dicho antes, hombre! Siendo así, te concedo la mano de mi hija.

V. GTE. ¿Y para qué quiero yo la mano?

EL REY. ¿Para qué va a ser? ¿Para casarte!

V. GTE. ¿Que me case yo con ese comino? ¡Ay, qué risa! ¡Qué risa! *(Se ríe a carcajadas y retiembla toda la decoración y los personajes.)*

EL REY. *(A sus ministros.)* ¿De qué se ríe?

P.MINIS. No sé.

EL REY. Yo no le he dicho ningún chiste, me parece.

V. GTE. ¡Casarme! ¡Casarme! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué enano tan gracioso!

EL REY. *(Un poco molesto.)* Pues entonces, ¿para qué quieres a mi hija, gigante?

V. GTE. Creí que lo sabrías. ¿Para qué va a ser? Para hacerme un bombón.

EL REY. ¿Un bombón?

V. GTE. Sí; mis bombones preferidos son los de chocolate rellenos de princesa.

TODOS. ¡Qué horror!

(Continuará en el número próximo.)

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

ESPIONAJE

Seguía la guerra entre el Norte y nosotros, llena de pintorescos episodios.

Mi esposa y yo, valiéndonos de toda clase de astucias, como la de los armarios de luna y la de los gramófonos, producíamos la impresión en el enemigo de ser un ejército potentísimo. Por eso no se atrevían a atacarnos de frente, y estaban indecisos. Sin embargo, ellos, para mantener el espíritu pendenciero en su región, efectuaban avances a retaguardia de sus líneas y telegrafiaban a la capital la toma de diferentes posiciones, lo cual producía entusiasmo.

Los chinos del Sur, que habían acudido de público para ver cómo me batía por ellos, eran cada vez más numerosos.

Se traían sus sillitas, y, agrupados en una colina, como en un teatro, asistían a la guerra.

Yo a veces los utilizaba. Cuando lo creía oportuno, daba varios saltos mortales del brazo de mi dulce Adelaida o ejecutaba otro ejercicio análogo, y los espectadores, entusiasmados, rompían en una larga ovación. El enemigo, al oír los aplausos, se escondía presuroso en sus trincheras, diciéndose:

—¡Caray con las ametralladoras de los de enfrente!

A los últimos y a los primeros en esconderse les daban cruces y los ascendían: a los unos, por valientes; a los otros, por rápidos.

Con este método de ascender, el ejército contrario iba disminuyendo poco a poco su cantidad de soldados, ya que éstos pasaban a grados superiores.

Sin embargo, yo quería darme cuenta de cómo estaba organizado su campo, para descubrir maneras nuevas de batirles.

Busqué un espía entre los del público, mas no lo encontré. Ninguno quería exponerse a un contratiempo. Entonces hice correr la voz en el campo de enfrente que precisaba un espía, al cual le daría buen sueldo.

No tuve que esperar mucho tiempo. A las pocas horas se detenía un caballo frente a mi tienda. De él descendió el general en jefe del ejército enemigo, que venía a ofrecerse para ese cargo. Traía recomendaciones de su Gobierno.

Aún estaba en tratos con él cuando comenzaron a llegar contrarios que venían a ponerse a mi servicio.

Primero fué el Estado Mayor, y poco a poco fué llegando todo el ejército del Norte.

No había medio de emplearlos a todos, y surgieron las rencillas entre ellos y comenzaron las peleas.

Todo terminó en un jaleo tremendo y una fuga hacia su campo de todos los pretendientes al cargo de espía.

Entonces me dije que nadie mejor que yo para desempeñar ese cargo, entre otras cosas por lo barato que me saldría, ya que yo a mí mismo, como me conozco desde que nací, me pondría un precio razonable.

Me disfracé, pues, de espía y, tras un breve regateo en el sueldo que me había de dar, partí hacia el Norte, dejando al frente de mi frente de batalla a la dulce Adelaida.

Mi llegada, entre los contrarios, causó asombro.

—¿Quién es ése? —preguntaban.

—¿De qué va vestido?

—Va vestido de espía, ¿no lo veis? Va disfrazado de espía, luego lo es; de no serlo iría vestido de otro modo. Los disfraces de espía no son para los ingenieros del Catastro, sino para los espías.

Ante tantos razonamientos, me apresaron.

Se formó consejo de guerra y me condenaron a ser fusilado.

Un piquete me llevó frente a un árbol, y después de apuntarme bien, disparó.

Conociendo mi deber de fusilado, caí al suelo, y entonces el jefe de la fuerza vino y, a bocajarro, disparó el tiro de gracia.

—¡Ea, ya está fusilado! —dijeron.

Y se disponían a marcharse satisfechos, cuando yo me levanté para irme con ellos.

Lo sucedido era sencillo. En la fábrica de municiones en la que construían las balas para el ejército del Norte

habían encontrado más económico colocar cartón en lugar de plomo en los proyectiles. Así es que los disparos no me habían hecho ningún daño.

—¿Pero cómo? —preguntaron—. ¿Aún vive usted?

—Por lo visto —contesté con una sonrisa.

El jefe de la fuerza reflexionó, y después dijo.

—Esto ya no va conmigo. A mí me dijeron que lo fusilara, y lo fusilé. Si vive, él sabrá por qué.

—Muy bien pensado —concluí yo para afianzarle en su idea.

Fuí acompañando al piquete hasta el Cuartel General, en donde mi presencia fué acogida con un murmullo de extrañeza.

—¿Cómo. —exclamaron—. ¿No le han fusilado aún?

El jefe del piquete explicó el caso, y el Estado Mayor, al saber que me habían fusilado, respiró satisfecho.

—¡Ah, vamos! —dijeron—. Es que al pronto, al verle a usted, creíamos no se había cumplido la sentencia...

Estuvieron muy amables, y me convidaron a café.

Pero no pudieron menos de echarme en cara mi conducta de espía y de justificar el fusilamiento.

—Si no hubiera usted venido a observar nuestro campo atrincherado, no lo hubiéramos cogido y fusilado. La Ordenanza no permite otro castigo en estos casos, y muy a nuestro pesar hemos tenido que ejecutar el terrible fallo.

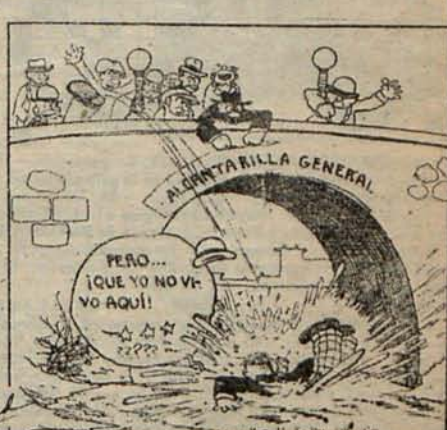
—Yo he pasado un rato amargo —dijo el jefe del piquete que me había ejecutado—; sobre todo, al darle el tiro de gracia me temblaba el pulso.

Me despedí de aquellos señores muy afectuosamente, agradeciéndoles sus palabras, y me fuí a seguir observando las fortificaciones, mientras ellos se quedaban rezando por mí.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

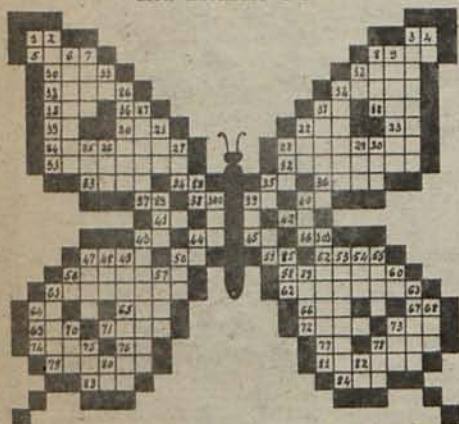
ANIMALES ABSURDOS



Esta vez el dibujante se ha pasado la semana en la Casa de Fieras. Le mandé que dibujara animales para daros una lección de Historia Natural, pero el dibujo que me ha hecho tiene tanto disparate, que he decidido dároslo en esta sección: para que vosotros los halléis. Para que sepáis en qué consiste este pasatiempo os señalaré uno. Fijaos en este pobre animal de la izquierda; no se sabe lo que es, pues le ha puesto ¡tres jorobas! ¡Ni un solo animalito encontraréis que no tenga su disparate!

(Fuera de concurso.)

LA MARIPOSA



que existía en tiempos de Abraham.—52. En geometría.—56. El que vende sillitas.—58. En la Universidad. 61. Duque y general español. Floreció en la primera mitad del siglo XVIII.—62. Anotadas.—64. Lugar en la provincia de Pontevedra.—65. Letras.—66. Lugar del Japón, muy notable por sus minas de cobre.—67. Contracción.—69. Doncella mitológica a la que Buda concedió la alternativa de ser un mes hombre y otro mujer.—71. Santo y Papa.—72. Conde de Barcelona, feudatario de los francos.—73. Condimento usado por los negros del Senegal.—74. En matemáticas.—76. Siglas de Antiguo Testamento.—77. Dios egipcio.—78. Título de una ópera de Verdi.—79. Restaura.—81. Sirve para hermoear.—83. Por lo que se han cometido muchos crímenes.—84. Anzar.

VERTICALES

1. Preposición.—2. Azotar.—3. Carenero.—4. Preposición.—6. Jueves.—7. Clase de pintura.—8. En las aves.—9. Engañar.—11. Abreviatura de Antiguo Testamento.—12. Contracción.—14. Convocar.—17. Incitar.—21. Ente.—22. Maneja.—25. Rey de Judá.—26. Pareja.—27. Donaire.—28. Ciudad de la antigua Colquida.—29. En el campo.—30. Villa en la provincia de Lérida.—35. Nota musical.—39. Nave.—40. Eleva.—43. Parte integrante de una cosa.—44. Afirmación.—47. Tacto.—48. Caserio en la provincia de Alicante.—49. Triste.—50. Río del Behar y de Bengala.—53. Apartado.—54. Una de las islas Orcadas.—55. La lena.—56. Preposición.—57. Llano.—59. El más impío de los reyes de Israel.—60. Río de Francia.—63. Remate de cuentas.—68. Poema dramático.—70. Quise.—73. Río de Francia que da nombre a un departamento.—75. Género de insectos himenópteros.—78. Constelación austral.—80. Río en la Rusia Asiática.—82. Provenzal.—85. Río del Perú.—86. Arella.—87. Gracia.—88. Asteroide núm. 85 descubierto por Peters.—89. Moneda del Perú.—100. Sonido.—101. Trampa.

125. P. Sección B.

PEDRO DE IRIZAR. (17 años.)

JEROGLÍFICOS

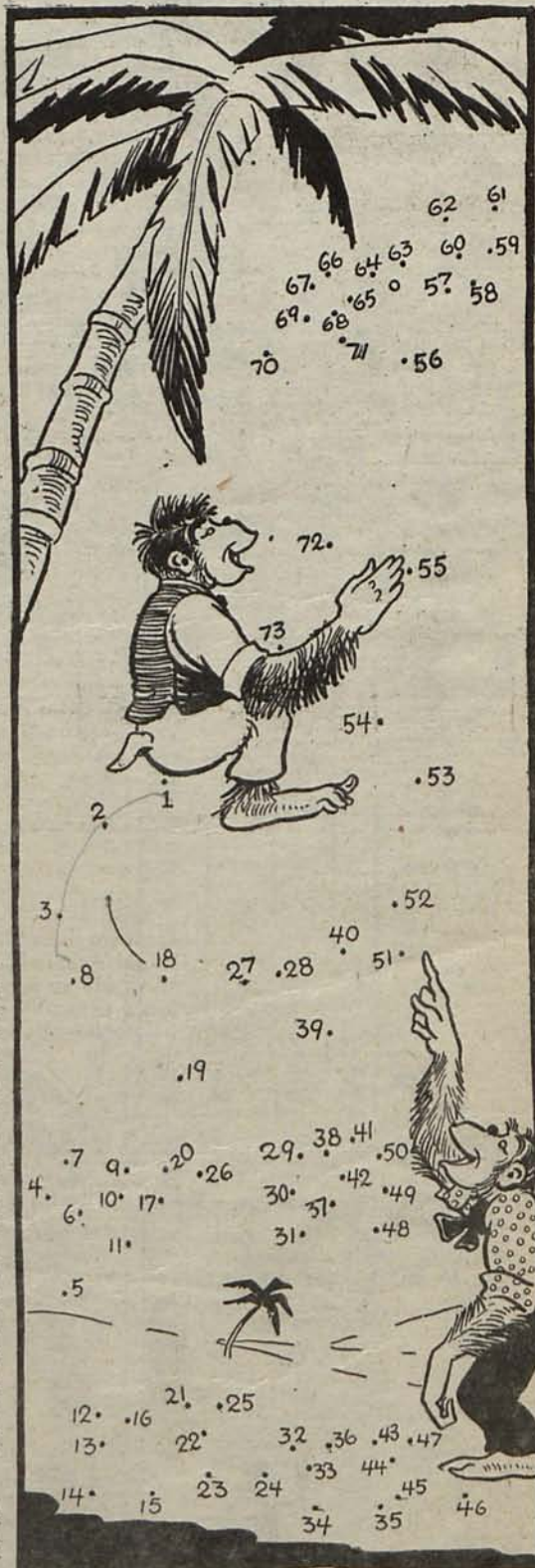


JOSÉ MARÍA JOVER.
Trece años. Valladolid.
126. P. Sección. B.



MARÍA NIEVES JOVER.
Diez años. Valladolid.
127. P. Sección. B.

LOS MONOS EN LA SELVA



Estos monos están jugando con uno de sus amigos de la selva. Si queréis saber quién es ese amigo, coged el lápiz, y a partir del número 1 trazad una línea que vaya a parar al número 2, y de éste al 3, y así sucesivamente.

(Fuera de concurso.)

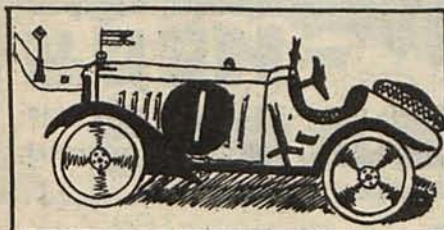
Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



El auto de Pinocho.

JOSÉ BARRILERO.

625. D. Sección B.



Mi casa en la Sierra.

CARMEN ZABALETA.
Doce años. Madrid.

626. D. Sección B.



Ricardo Corazón de León.

PEDRO DE BUÉN.

627. D. Sección A.



Currinche, pintor.

LUISA C.

12 años. Cangas de Onía.
628. D. Sección B.



Don Piruli y Macaco.

CARMEN DEL BUSTO.
Doce años. Madrid.

629. D. Sección B.



Pinocho en bicicleta.

ALFONSO A. MONTALVO.
Ocho años. Escorial.

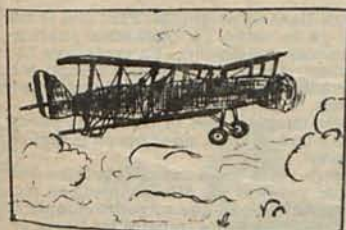
631. D. Sección A.



Pinocho, futbolista.

JOSÉ MARTÍN.
Doce años.

633. D. Sección B.



De Buenos Aires a Madrid.

FRANCISCO PASTRAMA.
Catorce años. Buenos Aires.

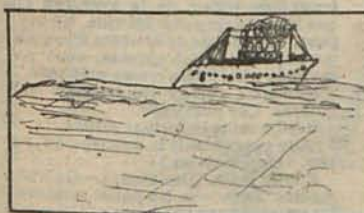
635. D. Sección B.



El labrador en Bretaña.

ANTONIO VIGUEIRA.
Ocho años. Madrid.

637. D. Sección A.



Un barco navegando.

MARIO DE BUÉN.
Seis años. Madrid.

639. D. Sección A.



Un tenorio.

PASTOR Y NIMÓ.
Cádiz.

640. D. Sn. B.

Pepín.

Era un niño que se llamaba Pepín. Habíase quedado huérfano. Apenas murió su padre, se fué al pueblo —pues vivía en una cabaña que había en un bosque cercano—, a casa de unos tíos suyos, los cuales lo recibieron con algunas muestras de desagrado, aunque lo acogieron.

Los dos primeros días le fueron bien a Pepín, pero al tercero empezaron los malos tratos por parte de la tía, mientras el tío se ausentaba a sus trabajos.

Un día se hicieron insoportables los palos que recibía el infeliz Pepín, y pensó huir. Al poco rato lo mandó su tía por carbón, y entonces huyó.

Se fué derecho al bosque, a la cabaña donde habían vivido su padre y él; pero se encontró con que ésta había sido derribada por el viento. Sintió una picadura en la pierna derecha; miró al suelo y vió una víbora de las que abundaban por allí. Cayó al suelo, y con una hacha se abrió la cabeza al caer. Aquella hacha pertenecía a su tío, que cuando fué a recogerla se encontró con el triste suceso, pues Pepín era ya cadáver.

Fué al pueblo y comunicó el suceso al alcalde. Una hora después enterraban al desgraciado Pepín.

La tía, cuando se lo dijeron, sufrió un ataque y se murió, llevando así su castigo.

77. C. Sección B.

TOMÁS MORALES.
Once años. Madrid.

La princesa curiosa.

Érase una vez una princesa llamada Mulisca. Era muy caprichosa y por eso muchos de los cortesanos no la querían.

Una mañana del mes de mayo, cuando se paseaba por un amplio jardín, una voz le dijo:

—No temas, linda princesa, que no te haré daño alguno.

Aquella voz tan misteriosa era nada menos que de un dragón, el cual quería engañar a la princesa para comérsela. Esta, como era tan curiosa, dijo:

—Sal fuera o dime dónde estás, para saber quién eres.

De pronto surgió un monstruoso dragón, quien sin contemplaciones se tragó a la princesa. Mulisca dió un grito, y, al oírlo, bajaron al jardín varias personas; pero cuando llegaron, el dragón había desaparecido, y todos creyeron que la princesa estaba de broma.

Mientras tanto, el dragón había depositado a la princesa en un aposento oscuro, con sólo una puerta al fondo.

Quiso saber lo que había en aquella casa, y, como si la hubieran adivinado su pensamiento, se abrió de repente una trampa a sus pies y se hundió, yendo a caer encima de su cama.

Todo aquello lo había soñado. Pero fué tal el susto que se llevó, que ya no fué jamás curiosa.

78. C. Sección B.

ISABEL LASTRES.
Diez años. Alicante

El gigante.

Cierto día unos niños se fueron a pasear por el campo, y cuando se disponían a merendar vieron acercarse a un gigante, quien les cogió la merienda y les dió unos golpes.

Los niños huyeron asustados a la casa de sus papás y les contaron lo que les había sucedido.

Sus papás llamaron a los guardias, que cogieron al gigante, el cual no era sino un hombre disfrazado, y le llevaron a la cárcel.

Entonces los niños merendaron. Y nunca más fueron al campo sin sus papás.

79. C. Sección A.

HERIBERTO BARRERA.
Siete años. Barcelona.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publican en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.

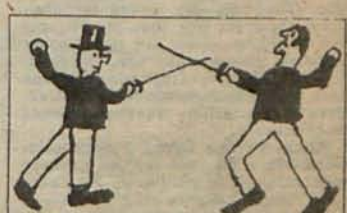


Vigor.

JOSÉ CERÓN.

13 años. Algeciras

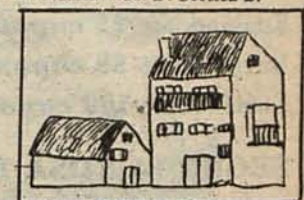
641. D. Sn. B.



Batiéndose.

ARTURO MERINO.

Doce años. Escorial.

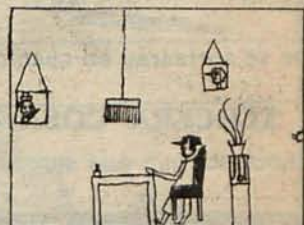


Mi casita de verano.

RICARDO DE LA ESPADA.

Diez años. Madrid.

630. D. Sección B.



El despacho de Pinocho.

JOSÉ CUADRO.

Nueve años. Tetuán.

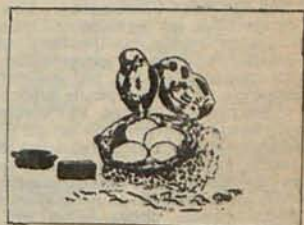
632. D. Sección B.



Una rosa.

LUIS GÓMEZ.

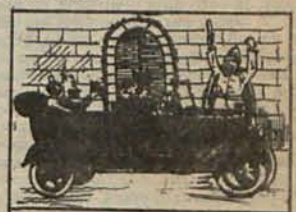
634. D. Sección B. Diez años. Laredo



El nido.

636. D. Sección B.

F. P.



Un paseo interrumpido.

ADOLFO ESCUDER.

Trece años. Zaragoza.

638. D. Sección B.

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

¡A GANAR DINERO Y COSAS BUENAS!

PINOCHO ha pedido a sus amigos un favor muy importante: que le consigan suscritores.

PINOCHO ha ofrecido a sus amigos corresponder a ese favor con lo que él ha llamado **cosas estupendas**, que son las siguientes:

PRIMERA COSA ESTUPENDA.—Por cada suscripción **nueva** de un año, que con su importe (20 pesetas) me remita un Pinochista suscriptor, recibirá un **Cupón-regalo**. Estos **Cupones-regalo** los debéis conservar. Cuando tengáis varios, los podréis canjear por regalos en la siguiente forma:

Enviándome **3 cupones regalo**, recibiréis **una pluma estilográfica**.

Enviándome **6 cupones regalo**, recibiréis **un balón de fútbol**.

Enviándome **10 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de plata**.

Enviándome **25 cupones regalo**, recibiréis **una máquina fotográfica**.

Enviándome **50 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de oro**.

Enviándome **100 cupones regalo**, recibiréis **una magnífica bicicleta**.

SEGUNDA COSA ESTUPENDA.—Además, por cada suscripción nueva de un año que me remitáis con su importe, os regalaré un **lote** de cincuenta números para la rifa de

¡¡CINCO MIL PESETAS EN METALICO!!

que se sortearán en cuanto esté repartido el **lote** núm. 10.000.

TERCERA COSA ESTUPENDA.—En Navidad de 1926 regalaré **MIL PESETAS** en metálico al Pinochista que más suscripciones me haya enviado, siempre que su número pase de ciento, como minimum.

CORRESPONDENCIA

Nena y Puchi Aranguren.—Encantado con vuestros dibujos, satisfichismo. Verán la luz del día, apenas les llegue su turno.

Os felicito cordialmente.

Abrazos, apretones de manos, etc., etc.

Julita Antón Sabadie.—No eres sólo una «buena amiga y ferviente admiradora», como dices en tu gentilísima carta; tienes además un corazón más grande que mi nariz. Mi gratitud es de grande como mi nariz y tu corazón juntos; pero no puedo publicar tu cuento «El gran Pinocho primero, salvador del mundo enteros», porque me ruborizaría. Y es lástima, porque está estupendamente escrito. Pero yo, como todas las almas grandes, soy humilde, y no puedo reproducir en mi propia Revista una apología, inspirada mucho más por tu bondad y tu cariño, que por mis méritos muñequiles. Gracias, pues, Julita queridísima, y no creas que es desaire. ¡Cal! ¡Al contrario! Y cuenta siempre con mi agradecimiento de madera; más firme y más espiritual que muchos de carne y de sangre.

A mis queridos Pinochistas.—Con motivo del nuevo y extraordinario sorteo de Navidad, estoy recibiendo infinidad de cartas. Todas ellas, como es natural, son peticionarias, suplicantes y solicitantes. Y así como la mayoría de estas peticiones, dada mi generosidad, son concedidas en el acto, otras, que constituyen una minoría, me veo obligado a negarlas en absoluto, no obstante causarme ello, como puede suponerse, un extraordinario dolor. Y es que me piden cosas absurdas. Por ejemplo: Solicitan los números Pinochistas que no han publicado nada en mi Revista, asegurando, como si ello fuera válido, que han remitido trabajos a mi semanario. No puede ser, aun cuando les haya contestado yo, como es probable, en esta página, que esos trabajos están admitidos. Para obtener números como colaborador es preciso que el dibujo, cuento, chiste, lo que sea, enviado a Pinocho, esté publicado. Otros, me remiten los cupones, uno a uno, sin tener en cuenta que hay que remitir la colección completa, de una vez. Y otros, por último, que acreditan su colaboración, no me mandan los sellos correspondientes al envío de los números. Es preciso, pues, queridos Pinochistas, que leáis con calma, con detenimiento, las condiciones de este sorteo. Lamento doblemente estas distracciones, ya que vienen a eliminar, en la mayoría de los casos, de la suerte a Pinochistas que merecen, por todos conceptos, tomar parte en este gran sorteo de Navidad. ¡Ah!, y no olviden nunca indicarme en qué número del semanario se publicó el cuento, el chiste, la historieta...

Maria Pilar, Fernando y Jesús Benito. (Madrid).—No sirven los antiguos cupones. Por este motivo me veo obligado a dejar sin publicación vuestros dibujos, que son, en realidad, unos dibujos estupendos. Ello me hace sentir doblemente esta negativa. Para otra ocasión, nuevos cupones de concursos.

Maria Teresa Dema y Samperio. (Madrid).—Tu cadí me ha gustado muchísimo, y lo publicaré. En cuanto al hueco existente en los cupones, se llena de la forma siguiente: un trabajo para el Concurso de dibujos, en el caso tuyo; de cuentos, chistes, historietas, problemas, en los demás casos. ¿Entendido? Y de los premios, ello depende de los Pinochistas. Si éstos en-

cuentran bien tu trabajo (sin duda alguna lo encontrarán perfecto), ya se encargarán de votarlo para que sea premiado.

Augusto Martos Robles. (Buenos Aires).—De ninguna manera: no hay que pagar nada para publicar trabajos en mi semanario. Es la tercera, cuarta o quinta vez que me preguntan semejante cosa. Basta ser Pinochista para publicar en PINOCHO. Y para acreditar la calidad de Pinochista basta, en este caso, con que me remitas un cupón de concurso por cada trabajo—cuento, chiste, historieta, etc., etc.—que me envíes. Si te haces suscriptor, tendrás un beneficio considerable en este asunto de la colaboración. Con un solo cupón podrás mandar un trabajo para cada concurso.

Espero que con esta explicación quedarás informado. Y no hablemos de la Argentina. Si vienes leyendo mi revista desde hace tiempo, como dices, ya sabes de los triunfos de tus compatriotas.

Quedo aguardando.

Luis Lomo. (Tetuán).—Tu carta llega llena de preguntas. Pero casi todas ellas pueden contestarse de esta forma: ya lo verás. Ya verás cómo publicaremos tu problema, si éste llegó en buenas condiciones. Ya verás—ya habrás visto—lo del sorteo. Y ya verás cómo, si mi revista me deja tiempo, me llevo a Marruecos, para vencer al malvado Chapete, aliado de Abd-el-Krim, según las últimas noticias que me remites. Y en lo del fútbol, ya verás...

José Cerón. (Algeciras).—No sé por qué imaginas que tu trabajo no pueda gustar a tus amigos los Pinochistas. Gustará tu viaje, no te quepa la menor duda, y seguro de su triunfo, lo publicaré.

Mariano Urdiain. (Madrid).—No quiero verte disgustado. Es preciso que comprendas mi situación. Mi promesa de publicar tus dibujos queda en pie, firme. Ahora, que no podré cumplirla hasta que a tus trabajos les llegue su turno. No se trata, pues, como presumes, de que no me hayan gustado tus dibujos. Todo lo contrario. Cada vez me gustan más, mucho más; cada vez me convengo más de que tus obras—sobre todo las últimas—son verdaderas obras de arte. Espera, que no tardarán mucho en salir en PINOCHO.

Manuel Guaresá. (Veguillina).—Publicaría tu dibujo si no hubiera venido en color. Es preciso hacerlos a tinta—con tinta solamente—y sin colores de ninguna clase.

Heiz Hemker. (México).—Recibo tu deliciosa carta. ¿Cuánto mido? Lo normal, lo corriente en un muñeco: un metro quince. Sin embargo, mi estatura no es fija, no es siempre la misma. Unas veces mido más, otras, menos. Depende, desde luego, de lo que tenga que hacer, de la aventura en que haya de empeñar mi vida. No soy, pues, un muñeco de estatua fija, y así me has visto, como afirmas, unas veces más alto, otras veces más bajo... Mándame todos los trabajos que quieras. Los publicaré.

Recibe mi más cordial saludo. (A tu pregunta de la suscripción: un año, veinte pesetas.)

Adolfo Ruiz. (Badalona).—Querido Adolfo: Tú lo ves. No puedo remitirte los números que te corresponden como suscriptor. No me remites los sellos para el envío de aquellos número y, la verdad, no puedo cumplir tus deseos. Aquí está tu carta, esperando.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 43

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

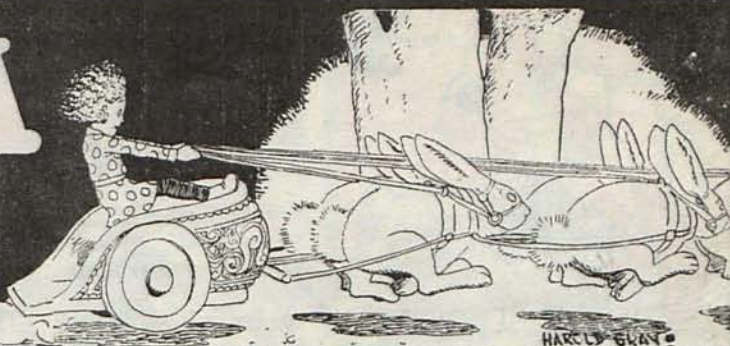
(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO

NAVIDAD-REYES DE 1925

CUPON NUMERO 6

ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1942
by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Visillos.—*Minucha* —es una amiguita mía a quien sin duda cono-

bonitos y originales que traía la revista *Mujer* en su número 13, publicado el día 18 de noviembre.

Pero he preferido idear otros exprofeso para *Minucha* y para todas vosotras, mis cada día más queridas lectorcitas.

céis... ¿No? Bueno; pues algún día os la presentaré— tiene un cuarto precioso: cunita, sillas, butacas, mesa, librería, armario, mecedora, cojines, costurero (ya os podéis suponer de dónde ha sacado *Minucha* los modelos para tales lindezas); no le falta detalle.

Y sin embargo, sí, algo le falta. Con tener muebles tan risueños y graciosos, parece que está el cuarto algo triste...

¡Clarol, como que le faltan visillos. No podéis imaginar nada más «vacío» y «frio» que una ventana con los cristales desnudos.

Pero ya comprenderéis que *Minucha* no puede colocar en su cuarto visillos vulgares o *cursilitos*, de esos de tul o de muselina, recogidos por el medio con una lazada de cinta rosa o celeste.

A punto estuve de recomendarle unos realmente

circulares en el punto que más os agrade. Los he cuadrículado por si acaso los queréis hacer en cañamazo.

Claro está que estos bordados van colocados en el centro de los visillos. Os aconsejo que los incrustéis a punto de festón, un festón de grandes puntadas, pero muy juntas unas de otras y bordado con grueso algodón perlé en un tono rabioso.

De este modo la pegadura formará el marco para el retrato del rey del desierto —un león risueño y nada temible, como puede verse— y para este simpático pato, que tiene muy buena pata, porque le vais a dar vida con vuestros deditos gentiles... y, además, porque su esposa es una pata muy buena persona.



□ □ □